



AUT  
214  
4/4



EL

# ALJIBE DE LA GITANA

---

PARIS. — IMP. SIMON RAÇON ET COMP., RUE D'ERFURTH, 1.

R. 42.044

CRONICAS ROMANCESCAS DE ESPAÑA

---

EL



# ALJIBE DE LA GITANA

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

---

TOMO SEGUNDO



PARIS

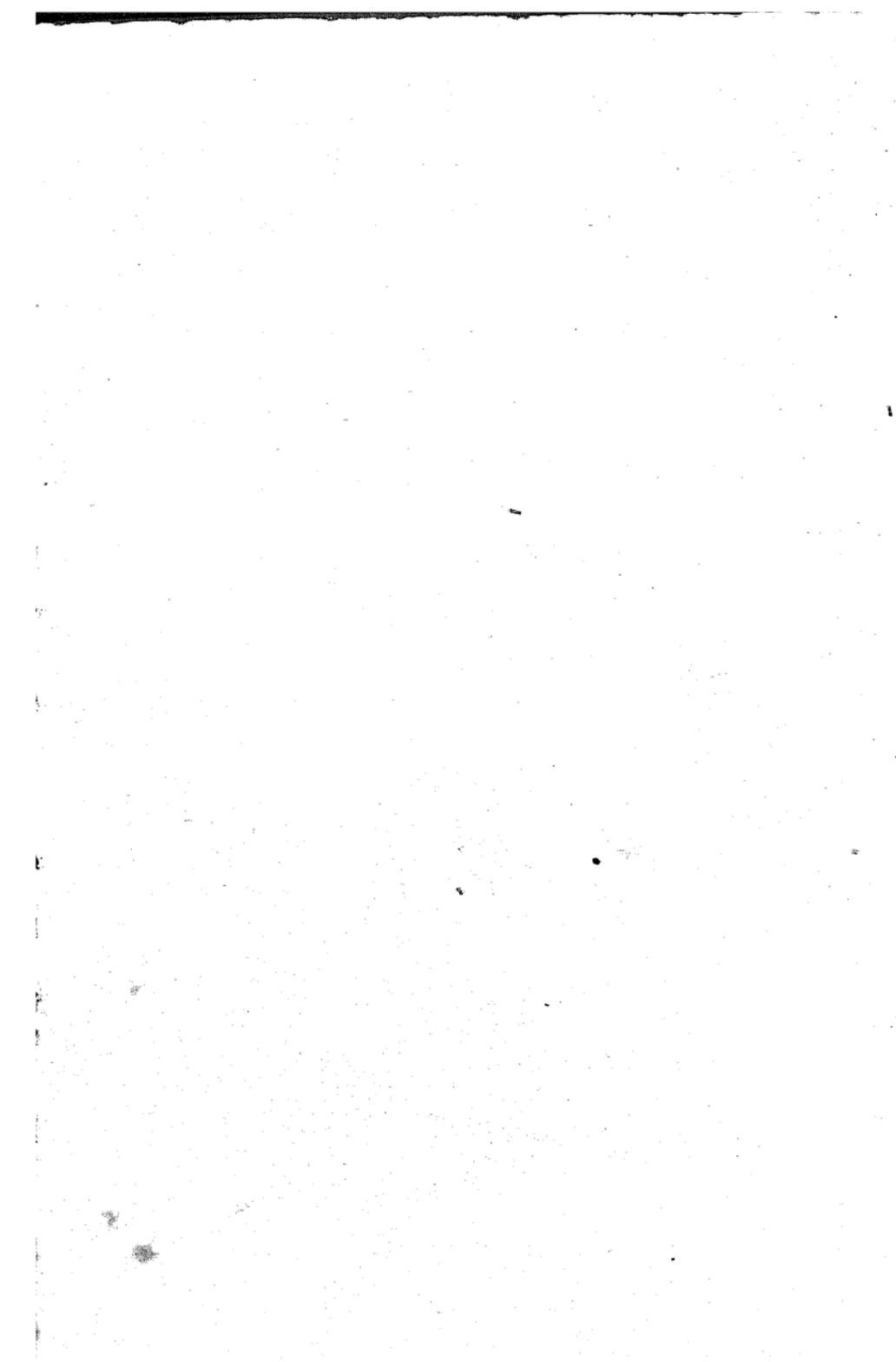
LIBRERIA DE ROSA Y BOURET

23, CALLE VISCONTI, 23

---

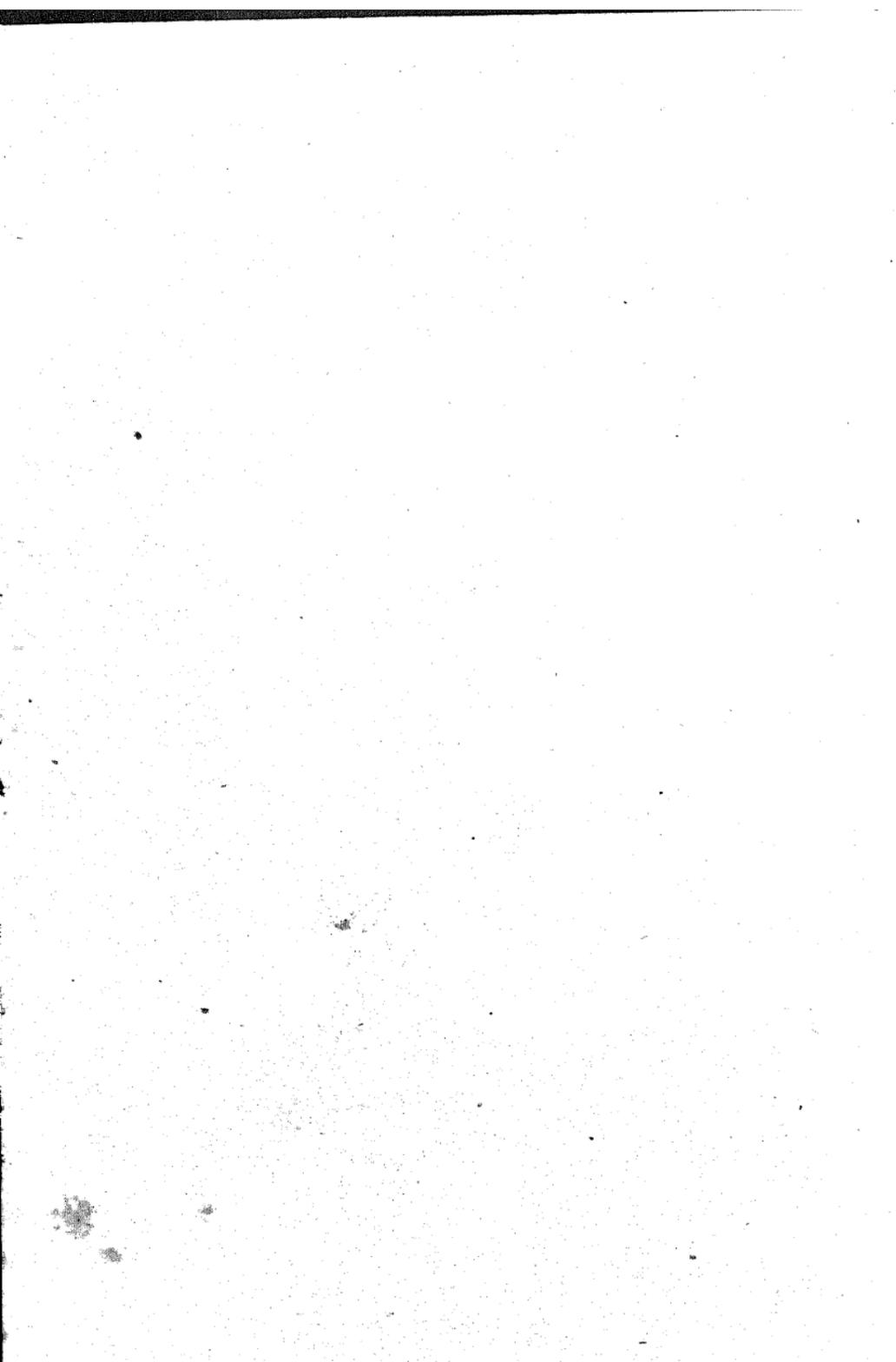
1868

Propiedad de los editores



# CAPITULO PRIMERO

EL SUEÑO DE JUZEF



## I

Juzef corria, corria y de tal manera que podia decirse que á Bul-bul le costaba trabajo seguirle.

Corria ansioso.

La revelacion que acababa de hacerle el Mas-

tuerzo, le habia inflamado el alma de un amor infinito.

Hubiera querido llegar en menos tiempo que el que tarda en apagarse un relámpago.

Juzef habia olvidado que fatigarse en el principio de un camino es hacer este camino mucho mas largo y mucho mas fatigoso.

Sin embargo, continuó por espacio de media hora corriendo de una manera violenta.

En aquella media hora habia corrido legua y media.

Faltaban aun dos para llegar al *alcocer* de Jael.

Juzef hubo de detenerse fatigado y de sentarse sobre la piedra.

— ¡Oh Dios mio! exclamó; nunca me ha parecido tan largo un camino; yo creo que ha pasado una eternidad desde que he sabido que Maravilla es mi nieta.



Juzef lanzó un profundo y ardiente suspiro.

— ¡Si me hubiera engañado ese miserable! exclamó: ¡seria mucha casualidad que yo hubiera tropezado con mi nieta! seria como las cosas de los cuentos que todas suceden á medida del deseo del narrador: pero no seamos impíos, esto es que Dios se ha compadecido de mí.

Que ha escuchado mis súplicas, y en vez de devolverme mi hija me ha traído mi nieta.

¿Y por qué no me ha dado mi hija?

¿Habrá muerto?

Con la sorpresa de saber que Maravilla era mi nieta me he olvidado de preguntar acerca de Kairah.

¡Kairah, mi Kairah, mi paloma, la alegría de mis ojos, el perpétuo rayo de sol de mi casa!

¡Desventurado de mí!

Juzef sintió una especie de sopor, una especie de languidez.

Sus nervios habian sido demasiado escitados y se rehacian.

## II

La noche era tibia.

El ambiente perfumado.

Los follajes de los árboles producian un leve murmullo.

Los grillos cantaban entre la yerba y las ranas al borde de los arroyos.

Esos millares de insectos que cantan ó roen, ó murmuran, formando todos con sus débiles ruidos ese conjunto leve que parece ser la respiracion de la tierra dormida, añadian una nota levísima á la magnífica sinfonía de la noche, sobre

la cual se destacaba el magnífico canto del ruiseñor.

Esta sinfonía tenía un desacorde grandioso : el graznar de las águilas en lo alto de las rocas.

Un riachuelo, el Beiro, despeñándose de lo alto de una inmensa cortadura, dejaba oír un ruido fresco, si se nos permite la frase, cadencioso por la repercusión del eco monótono.

De tiempo en tiempo se escuchaba mas allá, mas lejos, el potente ladrido de algún vigilante perro de ganado.

La luna esclarecía el cielo é inundaba de una dulce y melancólica luz la montaña mas bella que Dios ha hecho para encanto de los apasionados por lo pintoresco.

La sierra de Granada.

Las montañas generalmente son tristes, sombrías.

Tienen el prestigio de la grandeza.

Pero la sierra de Granada es alegre, graciosa, bella, artística, sin igual.

En una palabra, es completamente poética.

Y para que nada la falte, como para conservar la memoria del pueblo mas galante, mas apasionado, mas poético que ha pasado por su territorio, el pueblo árabe, su altísima cabeza, esto es, el pico de Muley-Hacen, muestra siempre, aun en el período mas riguroso del verano, su blanco turbante de nieve.

### III

La escitacion, el cansancio, repetimos, y ademas la melancolía de la noche, del sitio, y de los ruidos nocturnos enlanguidecieron á Juzef, le adormecieron.

Sus ojos empezaron por cargarse, y poco despues, á despecho de su ardiente deseo, que era llegar cuanto antes al *alcocer* para abrazar á su nieta, se durmió, y apenas se hubo dormido soñó.

Y vió en su sueño...

Mejor dicho, oyó... la campana de la alta Alcazaba de la Alhambra que tañía precipitadamente al arma.

El sonido de la campana se oía casi perdido en la frontera.

Pero se oía.

Y luego las atalayas de Illora, y de Moclin, y de Parapanda, y de Elvira, y de Hins-Aleux, hacían llamaradas.

Algunos ginetes armados de todas armas, terciada la lanza, corrian á rienda suelta hácia Granada, donde los llamaba la voz de la patria.

Y aquí y allá, de una y otra alquería corrian

hacia Granada peones con la ballesta al hombro.

Señales todas de que habían entrado cristianos por la frontera.

Y soñando veía todo aquello Juzef como lo había visto diez y ocho años antes.

Veía la alquería de Elvira.

Una bella alquería con su hermoso palacio, con torres altas, y cúpulas, y alminares.

Un pequeño castillo rodeado de bellos jardines, de huertos fructíferos.

Porque Juzef era rico.

Se contaban por miles las ovejas de finísima lana que poseía y que pastaban en sus mismas praderas.

Sus toros eran los mas bravos que se lidiaban en el coso de Bib-Arrambla, y sus caballos eran tenidos por hijos del viento y del fuego, segun que eran de corredores y ardientes.

## IV

El sueño de Juzef era la reproducción exacta de un período de su vida.

Veamos lo que había pasado por Juzef durante aquel período, siguiendo su sueño.

Juzef en aquella época era muy rico y muy respetado.

El rey Muley-Hacen le estimaba en gran manera.

Era uno de sus cadics y gobernaba en la Vega la *taha* (distrito) de Elvira, á que correspondían sesenta aldeas y cien alquerías.

Era kaid ó capitán de tres mil ginetes que pertenecían á la *taha*.

Tenia quinientos telares de lana y mas de trescientos de seda, superior á la de Damasco.

Era en fin un magnate, y en lo que se le tenia como valiente lo demostraba su nombre.

Se llamaba en los tiempos de su prosperidad Sidy-Juzef-ben-Chalid-el-Gazul-el-Seiful P'Islam, lo que quiere decir : el señor Juzef, hijo de Chalid, de la tribu de Gazul, espada de la religion.

## V

Pero las riquezas y las grandezas de Juzef estuvieron compensadas por grandes desgracias de familia.

Habia perdido su esposa, sus siete hijos y sus hermanos.

EL ALJIBE DE LA GITANA.



Parecia como que pesaba sobre su familia una maldicion.

La peste negra, que algunos años antes habia andado por España, se habia llevado en muy pocos dias á su esposa y á cuatro de sus hijas.

Solo le habia quedado la menor.

La hermosísima Kairah, á la que llamaban los poetas granadinos la Virgen de oro y nácar.

Sus seis hijos y sus hermanos habian muerto uno tras otro en batalla contra los cristianos en la frontera.

Se habia quedado solo en el mundo con Kairah y habia concentrado, acumulado en ella todo el amor que habia tenido á su familia.

Y Kairah le pagaba este amor adorándole.

Juzef vivia en los ojos de su hija.

Ella era la sultana, la señora de cuanto poseia Juzef.

## VI

El día que poco despues del alba hicieron humareda las atalayas, y batió á arretrato la campana de la Alcazaba de la Alhambra, Juzef se olvidó de sus desgracias, de su hija y solo pensó en su patria.

Supuso ademas Juzef que los cristianos habian entrado por la parte de Alhama, porque hacía allí corrian ya muchas taifas ó escuadrones moros, y las atalayas de aquella parte eran las que hacian mas y mas grandes humaredas, como si por allí apretase el peligro.

Sus esclavos armaron á Juzef, le presentaron un magnífico potro, y Juzef abrazando á Kairah, á la que dejó confiada á la guarda de feroces esclavos

negros, tomó su lanza y su adarga y montando á caballo se puso al frente de los tres mil ginetes de la taha, que ya se habian reunido, y marchó con ellos hácia Granada.

## VII

Al llegar á dos leguas de la ciudad al lugar donde algunos años despues se levantó el Real de Santa Fé, se encontró con el infante Muza-ben-Abil-Gazan, hijo bastardo del rey Muley-Hacen, que con un considerable ejército de ginetes corría á donde los adalides de la frontera le habian dicho estaban los enemigos.

El infante saludó afectuosamente á Juzef, y este se volvió atrás uniéndose al ejército y marchando al lado del infante.

Pero apenas habian adelantado media legua cuando Juzef lanzó de repente un rugido de tigre.

Allá, en la distante frontera, se habia levantado de improviso un torbellino de negro humo.

Aparecia un gigantesco incendio.

Aquel incendio devoraba la alquería de Juzef.

Su vista de águila habia alcanzado á ver mejor que lo hubiese visto con un antejo, las torres de la alquería envueltas por las llamas.

El ejército avanzaba al galope como un relámpago.

Pero esta carrera era tardía para Juzef.

Sacó de entre el ejército sus tres mil ginetes y se lanzó á rienda suelta hácia su alquería.

Muy pronto se quedaron algunos atrás.

Despues muchos.

Al fin todos.

Juzef, sin reparar en ello, iba ya solo.

Su caballo corria como el viento.

Ni aun el rey de Granada podia tener un caballo mejor que Juzef.

## VIII

En media hora salvó el espacio que le separaba de su alquería.

Algun tiempo antes de llegar á ella, vió á los cristianos que corrian hácia la frontera.

Era imposible alcanzarlos.

Llevaban una inmensa ventaja.

La alquería seguia ardiendo.

Juzef llegó á ella y solo encontró cadáveres y escombros humeantes, y lo que quedaba en pie

de los edificios ardiendo y desplomándose de tiempo en tiempo con un terrible estruendo.

Juzef llamó á grandes gritos á su hija.

Pero nadie le contestó.

Nada mas que los secos y pavorosos estallidos que producía el incendio y el rugir de las llamas.

Juzef corrió á una alquería próxima esperando que allí se hubiera refugiado su hija, ó que le darian noticias de ella.

Pero no encontró á nadie.

Los moradores habian huido aterrados.

Lo mismo encontró en algunas otras.

Pero aquellas alquerías que no habian sido incendiadas tampoco habian sido robadas.

Era evidente que los cristianos no se habian aproximado á ellas.

## IX

No sabia Juzef que los cristianos no habian tenido intencion de otra cosa que de hacer una correría.

Que aquella correría no habia tenido por objeto mas que acometer una alquería.

Y que la causa de ello habia sido la hermosura de su hija.

Vamos á esplicarnos.

## X

Habia ido de alcaide á Antequera por los Reyes

Católicos, un señor muy noble, y muy rico, y muy soldado.

El comendador de Santiago don Pedro Sarabia.

Este señor era jóven, y libertino, y capaz por una mujer hermosa, y codiciada, y difícil, de acometer un reino.

Como en tiempo de trégua se cruzaban los moros y los cristianos fronterizos, algunos cristianos, que habian llegado hasta la alquería de Juzef, habian visto á la hermosísima Kairah, y habian vuelto haciéndose lenguas en alabanza de su hermosura.

Llegaron estos encarecimientos á los oídos del comendador, que aun sin conocerla y por solo la frase de su hermosura, ardia en un deseo impuro é incontrastable por Kairah.

Sentir este deseo y poner en práctica los medios desatisfacerlo, fue para el comendador cuestion de muy poco tiempo.

Buscó y pagó guías que le condujesen á la alquería de Juzef, y envió un capitán con quinientos ginetes, para acometer la frontera entre Moclín é Illora y entretener allí la retirada del enemigo.

Al mismo tiempo él con solos trescientos hombres de armas se encaminó, conducido por sus guías, á la alquería de Juzef.

## XI

Su intento se logró.

Juzef, como hemos visto, se había engañado y había abandonado su casa con poca defensa.

El comendador, pues, pudo con facilidad apoderarse de Kairah é incendiar la alquería.

En cuanto el comendador tuvo sobre el arzon de su caballo á Kairah se retiró.

Por esta razon no habian sido acometidas las alquerías y las aldeas inmediatas.

El objeto de aquella espedicion habia sido robar á una mujer.

Este robo habia costado cien hombres muertos de la una y de la otra parte ; porque los esclavos negros que Juzef habia dejado en su alquería la habian defendido como leones.

## CAPITULO II

EN QUE CONTINUA EL SUEÑO DE JUZEF



I

Juzef solo, desesperado, terrible, enloquecido  
continuó corriendo.

Todas las alquerías á las que llegaba las encon-  
traba desiertas.

II.

2

El terror habia corrido en un espacio de tres leguas.

Los campesinos habian huido hácia Granada llevándose solo los objetos de mas valor que podian cargar sobre sí sin que el peso les impidiese huir todo lo mas ligeramente posible.

## II

Juzef adelantaba por un desierto.

Ni aun perros encontraba.

Los pastores habian huido con sus rebaños á la sierra.

Juzef hacia galopar á su caballo acercándose cada vez mas á la frontera.

Caía la tarde ; se ponía el sol.

Al fin lanzó un grito de alegría.

Habia visto á lo lejos, pasando rápidamente por detrás de un vallado, algunas lanzas cuyos pendoncillos flotaban al viento y á la carrera de los caballos.

Se oían además las esquilas de algunas reses vacunas que corrian en medio de aquellos caballos.

Juzef creyó haber dado con los enemigos, y una feroz alegría inundó su alma.

La alegría de la venganza y del esterminio.

### III

Pero se habia engañado.

Eran simplemente algunos hombres de armas

que se habian rezagado para entregarse al pillaje en las casas aisladas.

Juzef les cortó muy pronto el camino y se arrojó contra ellos con tanto mas furor cuanto que habia visto una mujer á la grupa de uno de aquellos ginetes.

Pero aquella mujer no era su hija.

Era una campesina que, aprovechando el momento en que su raptor, á quien atacaba directamente Juzef se ponía en defensa, se deslizaba al suelo y habia dado á correr á través de los campos.

El combate fue rudo, terrible, encarnizado.

Eran cinco contra uno.

Pero Juzef tenia de su parte muchas ventajas.

Lo fuerte, lo poderoso, lo ágil y lo maestro de su caballo que entraba y salía sin cesar.

La finura de sus armas.

Su bravura de leon y su gran destreza como ginete y como justador, y lo cargados que esta-

ban los caballos de los cristianos con la presa que conducian, por lo cual se revolvian muy mal.

## IV

En menos de media hora Juzef mató á dos, puso á otro fuera de combate y obligó á huir á los otros dos.

El que habia quedado vivo habia quedado sujeto con una pierna cogida debajo del caballo.

Juzef echó pie á tierra y se dirigió á aquel hombre.

— No me mates por tu Dios y por los tuyos, exclamó con la agonía del terror el vencido en una lengua de que se servian para entenderse los

moros y los cristianos de la frontera y que se llamaba aljamía.

— ¡ Mi Dios, los míos ! ¿ dónde están ? exclamó blasfemando y rugiendo de dolor Juzef, que avanzaba cubierto de polvo y sangre hacia el cristiano.

— ¡ Yo te conozco ! exclamó con ansia el cristiano : ¡ yo te conozco, tú eres el kady Sydi-Juzef-ben-Chalid-el-Gazul-el-Seiful l' Islam ; yo te conozco ; yo he comido bajo el techo de tu alquería el pan y la sal.

— ¡ Así me pagas mi hospitalidad ! exclamó frenético Juzef desnudando su ancha y corva gumiá.

— ¡ Yo no tengo la culpa ! exclamó el soldado : la culpa la tiene el comendador don Pedro Sarabia.

Juzef se detuvo.

Necesitaba tener noticias.

— ¡ Ah ! dijo : ¿ ha sido el nuevo adelantado de Antequera el que, rompiendo la trégua, se ha entrado por nuestra tierra ?

— ¡ Causa de esto ha sido la hermosura de tu hija !

— ¡ De mi hija !

— Sí, yo soy escudero del comendador ; yo he oído hablar de esto.

— ¿ De qué ?

— Gentes de la frontera que habian estado en tu casa, habian conocido á tu hija y volvieron ponderando su hermosura.

— ¡ Ah !

— Y el comendador, que es un hombre réprobo y olvidado de Dios, apostó con sus amigos que te robaria tu hija.

— ¡ Ah !

— Sí, ¡ y te la ha robado ! ¡ yo no tengo la culpa, yo voy á donde mi señor me lleva !

## V

Juzef guardó por algun tiempo silencio.

Luego envainó su gumía.

Su semblante tomó una calma aterradora.

Permaneció por algun tiempo inmóvil.

Luego se sentó en el suelo junto al soldado que le miraba con ansia.

— ¿Los cristianos, dijo con acento cavernoso, no se casan mas que con una mujer?

— Con una mujer sola.

— ¿Una mora se puede casar con un cristiano y seguir él en su religion y ella en la suya?

— Sí.

— ¿Es casado el comendador?

— No.

— Será esposo de mi hija, exclamó Juzef con el acento de certeza de quien cree poder hacer lo que dice, ó morirá.

— ¡ Morirá ! dijo el soldado.

— ¿ Qué no querrá ese hombre casarse con una hija mia ? exclamó con altivez Juzef : ¿ creerá acaso que él es mas noble y mas rico que yo ?

— El comendador no puede casarse.

— ¿ Y por qué ?

— Porque es freire de Santiago.

— ¡ Ah ! rugió Juzef : ¿ y los freires...

— Tienen hechos irrevocables votos de castidad.

## VI

Tembló de los pies á la cabeza Juzef.

— Los freires cristianos, exclamó, no pueden casarse ; pero pueden ir al hogar ageno á robar las doncellas, á deshonestarlas... ¡ oh ! ¡ morirá ! ¡ morirá ese hombre !... ¡ yo lo juro por la piedra negra de la Kaaba y por los siete arcángeles, y por los siete cielos !... ¡ sí, sí, morirá !

Y luego levantándose y levantando con una fuerza hercúlea el caballo muerto que tenia sujeto por una pierna al soldado, ayudó á este á alzarse y dijo montando en su caballo :

— Sube á la grupa.

— ¿ Y me perdonarás la vida ?

-- Sí, si me sirves bien, dijo Juzef despues de un momento de meditacion.

El soldado, aunque lastimado por el golpe que habia sufrido, saltó con facilidad á la grupa.

Juzef partió con él, y ya muy de noche llegó á un caserío inmediato á su alquería que aun continuaba ardiendo.

Aquel caserío era tambien suyo.

Todos los hombres de la alquería estaban reunidos allí, doloridos, ansiando vengarse, terribles.

No habia uno solo que no hubiese pedido ser armado.

Juzef mandó encerrar á su prisionero y cuidarle y él se encerró tambien con su dolor y su desesperacion.

## VII

La idea de ir sobre Antequera, de acometerla, de tomarla al asalto, de abrasarla, no se apartaba de su pensamiento.

Pasó por él una noche horrible.

Se le representaba su hija deshonrada, desesperada, llamándole ansiosa en su desesperacion.

Sufrió lo que solo puede comprender un padre suponiéndose en la situacion de Juzef.

Al amanecer montó á caballo, y con algunos de sus esclavos negros se fue á Granada, se presentó al viejo rey Muley-Hacen, y le pidió venganza.

Pero el rey le contestó que sentia mucho lo que le acontecia, pero que no podia darle gente

para ir sobre Antequera, por no ponerse en guerra con los poderosos reyes de Castilla y de Aragón.

Que aquello habia sido una correría de los cristianos como tantas otras.

Que muchas veces los kaides moros habian hecho otro tanto, y que esto se arreglaba siempre entre los reyes de Castilla y los de Granada, sin que por esto se rompiesen las tréguas.

## VIII

Juzef no pudo contenerse.

— Así, dijo, por estas debilidades y estas cobardías, se perderá tu reino : tú estás maldito de Dios.

Muley Hacen hizo prender á Juzef por su inso-

lencia, y terriblemente irritado mandó le cortasen la cabeza.

Pero Juzef pertenecía á la poderosa tribu de los Gazales, era muy estimado de todos los magnates de Granada, y tanto intercedieron estos por Juzef que al fin revocó la sentencia de muerte, pero mandó que Juzef permaneciese preso de por vida y se le confiscasen los bienes.

Suplicaron tambien de esta sentencia los amigos de Juzef, y se logró por último que los bienes no fuesen confiscados y que el tiempo de su prision se redujese á diez años.

No hubo poder humano que alcanzase á disminuir esta pena, y Juzef fue enviado preso á la costa al castillo de Salobreña.

## IX

Y así pasaron dos años.

Hasta que los Reyes Católicos empezaron decididamente la conquista de Granada.

Entonces el rey, necesitado de buenos, y bravos, y ricos servidores se prestó á las súplicas de los amigos de Juzef.

Este fue puesto en libertad y vuelto á la gracia del rey.

Pero Juzef habia salido de la prision con los cabellos canos y con el corazon seco, en el cual no habia mas que hiel, dolor y venganza.

## X

Inmediatamente Juzef tomó el camino de la alquería, pasando como una exhalación las Alpujarras y cerrándose en la Vega.

Nada faltaba allí mas que su hija.

Sus leales servidores, obedeciendo sus órdenes, habian reconstruido los edificios incendiados.

Sus talleres de seda marchaban admirablemente.

Sus ganados se habian multiplicado.

La raza de sus caballos no se habia bastardeado.

Sus campos estaban admirablemente cultivados.

El jeque ó mayordomo de su casa le habia rendido cuentas y le habia entregado un tesoro.

Nada de esto alegró á Juzef.

Para él habia muerto la alegría.

Arrojó sobre todo aquello una mirada indiferente.

— ¿Dónde está, preguntó, el soldado que yo cautivé el día en que la ira de Dios cayó sobre mi casa?

— Está entre nosotros, se ha casado, le respondió su mayordomo.

— ¡ Se ha casado ! exclamó Juzef en cuya mirada lució una espresion sombría difícil de espresar.

— Sí.

— ¿ Y cuál ha sido la doncella de nuestra tribu, por cuyo amor se ha olvidado ese hombre de su patria y de su Dios ?

— Zobeika.

- ¿Y la ama ?  
— Con toda su alma.  
— ¡ Tu hija menor !  
— Sí señor, la luz de mis ojos.  
— ¿ Y la hace feliz ?  
— Es para ella dulce y enamorado.  
— ¿ Y tiene hijos ?  
— Sí señor, un hermoso niño de pocos meses.  
— Dile que venga á verme.

## XI

Poco despues el cautivo de Juzef estaba delante de él.

Habia cambiado de traje y de nombre, yaun de aspecto, y hablaba correctamente el árabe.

Se prosternó delante de Juzef, le tocó los pies y luego se besó los dedos.

— Ya veo que has tomado bien nuestras costumbres, le dijo Juzef ; levántate y responde.

— Habla, poderoso señor.

— ¿Cómo te llamabas cuando eras cristiano?

— Ginés Varguillas.

— ¿Cómo te llamas ahora?

— Hassan-ben-Varguillas.

— Has encontrado entre nosotros un arcángel en Zobeika, tu mujer?

— ¡ Ah ! ella me ha hecho el mas dichoso de los hombres.

— Por su amor has abierto los ojos á la luz de la creencia verdadera del Señor Altísimo y Unico.

— Sí, poderoso señor.

— Pero tú eres mi cautivo.

Palideció Varguillas.

— Yo te he cautivado en buena lid, y tu vida ó tu muerte están en mis manos.

Creció la palidez de Varguillas y tembló de los pies á la cabeza.

— Tu conversion y tu casamiento han sido sin conocimiento mio.

— Perdonadnos, señor, pero tuvimos miedo de que vos no quisiérais que se casara con un castellano Zobeika, que es vuestra ahijada y á quien vos amais mucho.

— Cuestion seria esta de castigar duramente á mi jeque Ali-ben-Basrah, por haber casado á su hija sin mi consentimiento.

— Nosotros contábamos con tu indulgencia y con tu buen corazon, y por eso Ali-ben-Basrah, te ha revelado mi casamiento con su hija.

— Yo no tengo ya ni indulgencia ni buen corazon; se abrasaron en el fuego que tus infames compatriotas pusieron á mi alquería.

Crecieron la turbacion y el temor de Varguillas.

— Si yo he de perdonarte, continuó Juzef, has de merecerlo.

— Habla, noble señor, habla, exclamó con vehemencia Varguillas, que yo te serviré hasta perder la vida.

— Escucha lo que harás, dijo Juzef: tomarás de nuevo tu traje castellano... ó mas bien, te cubrirás con uno de nuestros trajes, pobre, humilde, reducido á andrajos; te irás á Antequera á casa de tu antiguo señor, y le dirás que has estado cautivo y que al fin has podido escapar, porque supongo que tu señor no sabrá que tú has entrado en la buena creencia y que te has casado con una de nuestras doncellas, y que tienes un hijo.

Y Juzef acentuó sus últimas palabras de una manera profunda, sombría y amenazadora.

— No señor, dijo Varguillas: mi señor me

creo sin duda muerto, y lo habrá sentido mucho porque me estimaba en gran manera.

## XII

Juzef dió largas instrucciones á Varguillas y este partió cubierto de andrajos.

Pasaron quince dias sin que Juzef tuviera ni una sola noticia de Varguillas.

Temió que olvidándose de su mujer y de su hijo se hubiese quedado en su tierra para no volver mas á la tierra de Granada.

— Acaso he hechò mal en causarle miedo, dijo Juzef.

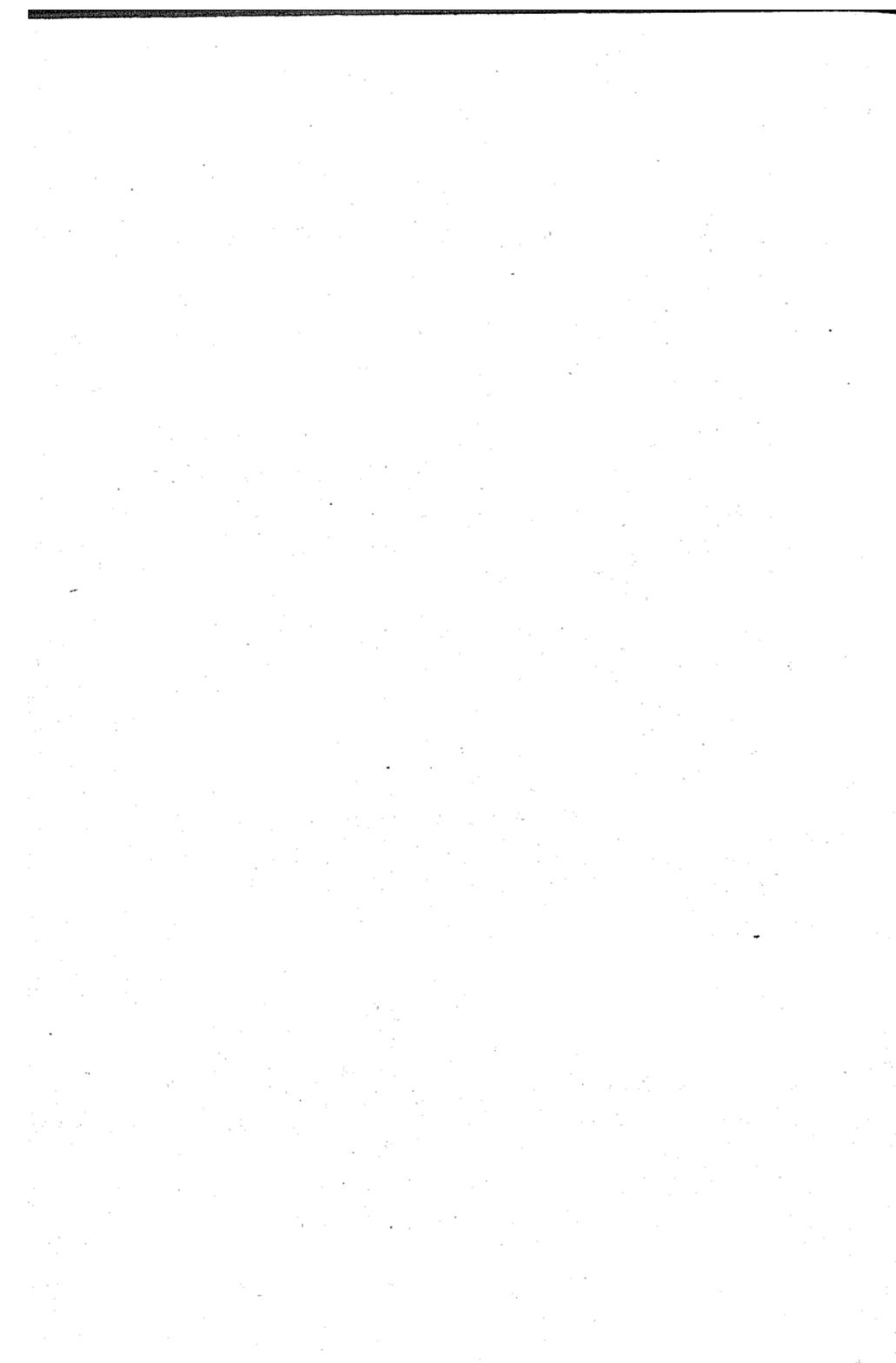
Pero apenas habia pasado esto cuando se le presentó un moro fronterizo con una carta de

Varguillas, en que éste le decia que para hablarle entraria al dia siguiente por la frontera, y pararia en el Fondak (posada) de la villa de Moclin.

Que le enviase á la frontera algunos ginetes que le resguardasen, y una carta mandando no le hiciesen daño si le cogian á causa de la guerra que ardia entre Castilla y Granada.

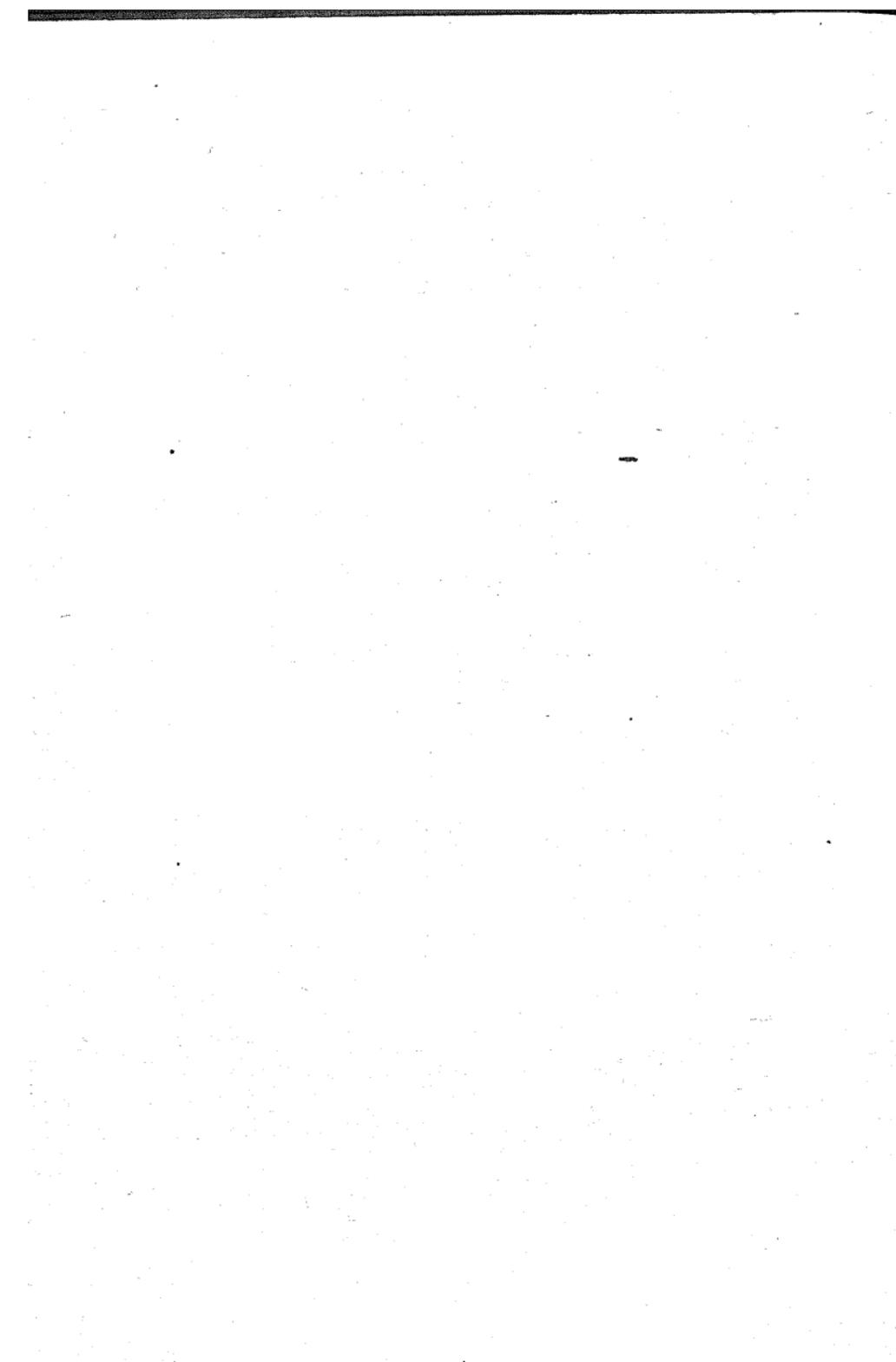
Juzef escribió la carta y la envió con su kaid y cincuenta esclavos, hombres de armas á la frontera.

Él mismo montó á caballo y se encaminó á la villa de Moclin, fluctuando entre el temor y la esperanza y devorado por la impaciencia.



## CAPITULO III

DE COMO HABIA CUMPLIDO SU COMISION VARGUILLAS Y DE LO QUE  
HIZO SYDI-JUZEF



Al caer la tarde del día siguiente, de un hermoso día de primavera, estaban sentados debajo de un frondoso castaño, en un odorífero huerto Juzef y Varguillas.

Juzef había mandado al dueño del fondak de

Moclin al cual el huerto pertenecía, no dejase entrar á nadie y la puerta se habia cerrado.

— Malas noticias, muy malas noticias, dijo Varguillas moviendo la cabeza y mirando con recelo á Juzef.

— Acaba y no me desesperes, exclamó enérgicamente Juzef.

— Tu hija, señor...

— ¡ Mi hija ! ¿ qué es de mi hija ?

— Dos dias despues de haber tú recobrado tu libertad, la hermosa Kairah ha desaparecido de Antequera.

— ¿ Y dónde ha ido ?

— No se sabe.

— Es necesario que lo averigües, que lo averigües al momento.

— Lo averiguaré si puedo ; yo le tengo ganada la voluntad á un viejo criado del comendador.

— Te daré oro, mucho oro : ¿ y mi hija vive ?

— Sí y hermosa como un arcángel, según me han dicho los criados del comendador.

— ¡ Hermosa ! ¡ hermosa ! entonces es feliz por que las desgracias marchitan la hermosura.

— Sí, sí señor, feliz, muy feliz : ama al comendador, y el comendador la adora.

— ¡ Que le ama ! ¡ que ama á un enemigo de su Dios y de su padre, que la ha robado de su hogar y le ha incendiado !

— El amor es mas poderoso que todo, señor ; vuestro Varguillas tambien ha olvidado por el amor su Dios y su patria.

## I

Juzef temblaba.

Sus ojos estaban escandecidos.

Su mirada sombría, erraba inquieta y vaga.

Se oía su fuerte respiración semejante á un rugido.

— ¿Y ella, dijo al fin Juzef, ha renegado de su Dios?

— Sí.

### III

Varguillas se levantó de un salto aterrado.

Tan amenazador había sido el aspecto que había tomado Juzef.

— Siéntate, siéntate, dijo este: ¿qué tengo yo que ver contigo? ¿de qué me serviría tu sangre para saciar mi venganza? Siéntate y continua esa historia de infamia, de oprobio y de maldición.

Varguillas se sentó de nuevo.

—El comendador, dijo, te temo como á la ira de Dios.

— Hace bien en temerme, porque yo seré para él la ira de Dios, contestó con voz ronca y terrible Juzef.

— Mientras tú estuviste preso, continuó Varguillas, el comendador vivió tranquilo con tu hija.

El comendador tenia espías cerca de tí para que le avisasen si el rey te concedia la libertad, ó de si tú te escapabas.

Decia con mucha frecuencia á Velascote, que es ese viejo servidor confidente suyo, cuya amistad me he procurado ya :

— Velascote : en cuanto el padre de la señora se vea libre, la vida de ella y la mia estarán amenazadas y no pasará mucho tiempo sin que se cumpla una terrible venganza.

— Pero los muertos no se vengan, señor, le contestaba Velascote que tiene entrañas de lobo.

Por lo mismo, señor, añadió Varguillas, es necesario que te guardes, porque en el momento en que has recobrado la libertad tu hija ha partido de Antequera sin saber á donde ha ido, y Velascote se ha entrado por la frontera y ha permanecido durante tres días.

¿A qué ha ido, pues, sino á buscar un asesino?

¿Y qué valor aprovecha contra un infame que hiere alevemente y sobre seguro por la espalda?

— ¡Pero mi hija! ¡mi hija! exclamó Juzef no haciendo gran caso del peligro de que le habia avisado Varguillas: ¿no se puede averiguar donde está mi hija?

— Velascote no lo sabe: pero cree adivinarlo. La hermosa Kairah debe estar donde está su pequeña hija.

— ¡Su hija! ¡mi nieta! exclamó dolorosamente Juzef: ¡el fruto de la vergüenza y del crimen! ¿y dónde está?

— Un año despues del robo de la hermosa Kairah, dió á luz á una hija del comendador.

Esta hija se confió á una labradora para que la criase.

Pero como el comendador amase con sus entrañas á la hija de su amor, se le hizo muy duro que fuese bastarda.

Si hubiese podido casarse con tu hija se hubiera casado.

Pero ya te lo he dicho: sus votos hacian imposible su casamiento.

Tiene el comendador un hermano mayor casado con una noble dama.

En los primeros tiempos de su matrimonio, su esposa le dió un hijo, que ya contará diez años.

Pero no volvieron á tener otro.

Don Juan Sarabia, que así se llamaba el hermano mayor del comendador don Pedro, se quejaba amargamente con este de que Dios no le hubiera concedido una hija.

Cuando nació tu nieta, el comendador se acordó de este deseo de su hermano, y dijo:

— Ya tengo padre para mi hija.

Y escribió á su hermano don Juan convidándole para que se fuese á gozar de las delicias de la primavera de Andalucía á Antequera con su esposa: tanto mas que tenia que tratar con él ciertos graves asuntos que no eran para confiarlos al papel.

Don Juan Sarabia con su esposa y con su hijo no tardó en acudir al llamamiento del comendador.

Este reveló á su hermano y á su cuñada sus amores, y que de ellos tenia una hija y les propuso si querian apareciese como hija legítima suya.

Don Juan y su esposa doña Constanza reflexionaron, y por amor al comendador y porque estaban hambrientos de una hija consintieron al fin.

Se arreglaron papeles y partidas, se hizo de modo que nadie, andando el tiempo pudiese dudar de que la jóven doña Elvira era hija legítima de don Juan Sarabia y de doña Constanza su mujer.

Poco despues partieron para Castilla.

Cree pues Velascote que tu hija habrá ido á Castilla, casa de don Juan Sarabia.

— ¿ Y dónde habita ese cristiano ?

— En Valladolid.

— ¡ En el corazon de España ! exclamó con desaliento Juzef ; es necesario que te vayas, que te informes ; pero esto será despues de que me hayas servido por acá.

— Manda, señor, manda, que yo te serviré con riesgo de mi vida.

— ¿ No tendrias tú medio de introducirme en la casa de ese maldito, y en su propia cámara durante la noche ?

— Sí.

— ¿ Para cuándo podrás tenerlo prevenido todo?

— De aquí á tres dias; pero necesito volverme cuanto antes.

— Vuélvete esta misma noche, y de aquí á tres dias ven á esperarme á este mismo sitio.

Y Juzef se levantó, como dando su entrevista por concluida.

— Acuérdate de que se ponen asechanzas á tu vida, dijo Varguillas levantándose tambien : guárdate del puñal de un traidor.

Juzef se encogió de hombros.

## IV

Salieron del fondak y se separaron.

Tres dias despues, á la caida de la tarde, estaban ambos en el mismo sitio.

— Todo está prevenido, dijo Varguillas: he traído ropas de castellano para que te las vistas; esta noche al mediar partiremos.

Pasaremos la frontera por la Sierra, por un lugar seguro, y llegaremos á Antequera al rayar el dia, cuando abran las puertas.

Despues yo te esconderé para que pases el dia en la casa de una buena moza, que era mi manceba cuando tu me cautivaste, y que todavía me quiere mucho.

A la media noche yo te sacaré de allí y te llevaré á la misma cámara del comendador.

## V

En efecto, al otro día muy temprano, estaban en casa de la antigua querida de Varguillas.

Juzef iba disfrazado.

Llevaba un traje de soldado castellano, que le sentaba muy bien.

Para ocultar la falta de los cabellos, porque sabido es que los musulmanes se afeitan la cabeza, llevaba debajo de la gorra una toca ó casqueta muy amplia.

Para disimular, Varguillas habia dicho á su manceba que Juzef era un antiguo amigo suyo,

á quien habia debido mucho durante su cautiverio, que habia matado á un hombre, que se habia visto obligado á huir, y que como era moro y Granada estaba en guerra con Castilla, se encontraba bien obligado á ocultarse por temor de que los cristianos lo prendieran.

Pero que solo estaria oculto hasta que Varguillas lograra de su amo el adelantado que este amparase á Juzef.

Todo lo creyó aquella mujer, y ocultó á Juzef cuidadosamente.

## VI

A la media noche sonaron golpes á la puerta.

La manceba de Varguillas se levantó sobresaltada creyendo que venian á prender á su escondi-

do y se encontró conque era Varguillas el que llamaba.

— Es necesario que mi amigo salga al momento, dijo ; sin duda los vecinos han dado parte de que has escondido á un hombre, y mientras cenaba mi amo he oido decir algunas palabras al corregidor, que con él cenaban, y aunque estas palabras no eran claras, yo he temido que se tratara de mi amigo ; vengo á llevármelo y á meterlo secretamente casa de mi amo, que allí á buen seguro no le buscarán : yo volveré por aquí y si nada ha acontecido lo traeré otra vez, porque será señal de que me he equivocado.

Creyó tambien esto la moza, y poco despues y protegidos por una noche oscurísima, Juzef y Varguillas recorrian las tortuosas y estrechas calles dirigiéndose á la casa del comendador.

## VII

Llegaron al postigo del huerto, de cuya llave se habia provisto fácilmente y sin causar sospechas Varguillas y entraron.

— El postigo se quedará encajado solamente, dijo Varguillas ; yo esperaré en el huerto dispuesto á todo ; si el comendador grita y acuden los criados, lo que no será fácil, porque duermen lejos, puedes escapar antes de ir á buscarte ; he roto silenciosamente con mi puñal la puerta que comunica con las habitaciones del piso bajo, donde el comendador duerme, harto tranquilo, porque se le teme de tal manera que nadie se atreveria á meterse de noche en su casa, y mucho menos por el huerto guardado por su terrible perro.

— ¿Y dónde está ese perro? dijo Juzef con cuidado: puede ladrar y despertar á la gente.

— Le he degollado yo, respondió Varguillás.

Poco despues Juzef pasaba la puerta que Varguillas habia forzado, y adelantaba por un corredor, á cuyo extremo se veia el reflejo de una luz á través de una puerta entreabierta.

Aquella luz ardia sin duda en la cámara del comendador.

### V III

Juzef adelantó silenciosamente.

Tan silenciosamente como pudiera haber adelantado una sombra.

Se deslizó por la abertura de la puerta para evitar que los goznes de esta rechinasen y se en-

contró en una grande estancia cuadrada magníficamente amueblada.

La luz que alumbraba la estancia, estaba puesta sobre una mesa que se veía en el cuarto.

Aquella mesa era redonda y tenía un tapete de terciopelo rojo franjeado en sus bordes de oro.

La luz, que ardía de una manera opaca y próxima á extinguirse en un velon de plata de los llamados de Lucena, apenas alcanzaba á determinar los ángulos de aquella estensa cámara.

Sobre la mesa se veían algunos naipes en desorden y algunas monedas de oro, señal clara de que se había jugado.

Había además un rosario, señal que se había rezado también.

Un jarro de plata y dos tazas del mismo metal, demostraban que se había bebido.

Un gran lecho con anchas colgaduras entre-

abiertas de damasco rojo, se distinguía en un ángulo casi envuelto en la sombra.

## IX

Sydi-Juzef-ben-Chahd se sentía dominado por una emoción terrible.

En aquella cámara había dormido sin duda durante dos años su hija, puesto que había partido su vida con aquel miserable libertino, cuyo ronquido atestiguaba su profundo sueño salido de entre los cortinajes del lecho.

Su deshonra, su abandono, su dolor, se levantaban allí terribles contra el desventurado padre.

Y vacilaba sin embargo el honrado Juzef.

Su corazón, su honra, su cólera le aconsejaban matar.

Y sin embargo, su generosidad, su valor, su honor le hacían sentir una repugnancia terrible al asesinato.

Por tres veces avanzó hácia el lecho y por tres veces se detuvo.

Había llegado muy cerca.

Veía débilmente iluminado el semblante del comendador, que debía estar bajo la influencia de un sueño de alegría, porque en su boca entreabierta aparecía una sonrisa de deleite.

## X

— Y bien, murmuró Juzef: ¿por qué dudo? ¿por qué me detengo? ¿No me ha herido él á traición en el alma arrebatándome lo que yo más amaba, lo único que me quedaba sobre la tierra?

¿no ha llevado á mi hogar la muerte y el incendio? ¿no ha corrompido el corazon de mi hija convirtiéndola en una mujer impura y despreciable? ¿no me ha dado ocasion para que la maldiga? ¿se puede hacer á un hombre mas desventurado que lo que este hombre, este infame, me ha hecho á mí?

La cólera de Juzef hervia, y su mirada de tigre hambriento se cebaba en su garganta desnuda, y en su hombro, y en la parte del pecho del comendador que estaba descubierta.

Hubo un momento en que Juzef no pudo ya resistir ni su dolor, ni su cólera, ni el sentimiento de su honor ofendido.

Avanzó un paso mas, y se arrancó del cinto el puñal.

Le levantó sobre el comendador.

Pero su brazo cayó inerte.

Le pareció que oia la voz de Dios que le decia:

— ¡Cómo! ¿el creyente y el honrado baja hasta la infamia del asesinato sobre un hombre dormido? ¿te igualas á ese hombre en la infamia haciéndole pagar su crimen de una manera cobarde? él cuando te injurió espuso su vida; ¿por qué no espones tú la tuya para castigarlo? ¿y luego no eres tú doctor del Islam? ¿no sabes de memoria el libro de Dios? ¿no recuerdas que el perdón de las injurias es la prenda mas preciosa que puede llevar un creyente á su juicio supremo? ¡Vuélvete Juzef, vuélvete, no manches tu conciencia con un crimen, no te anticipes insensato á la justicia de Dios!

## XI

Era esta lucha natural y precisa en un hombre tal como Juzef.

Le repugnaba matar sin combatir.

¿Pero habia de dejar impunes los crímenes que le habian sumido en la desesperacion, en el abandono, que le habian robado su hija, su esperanza, su amor sobre la tierra ?

¡ Qué habian arrojado la deshonra sobre su frente enrojecida con el fuego de la vergüenza !

Tampoco podia ser esto.

Juzef no se sentia bastante grande ó bastante frio para perdonar tan crueles sufrimientos á quien los habia causado.

Necesitaba la sangre de aquel hombre, toda su sangre, hasta la última gota.

Pero para matarle con lealtad, era necesario combatirse con él.

¡ Y allí, en su casa !

Al fragor del combate debian acudir los criados de aquel hombre.

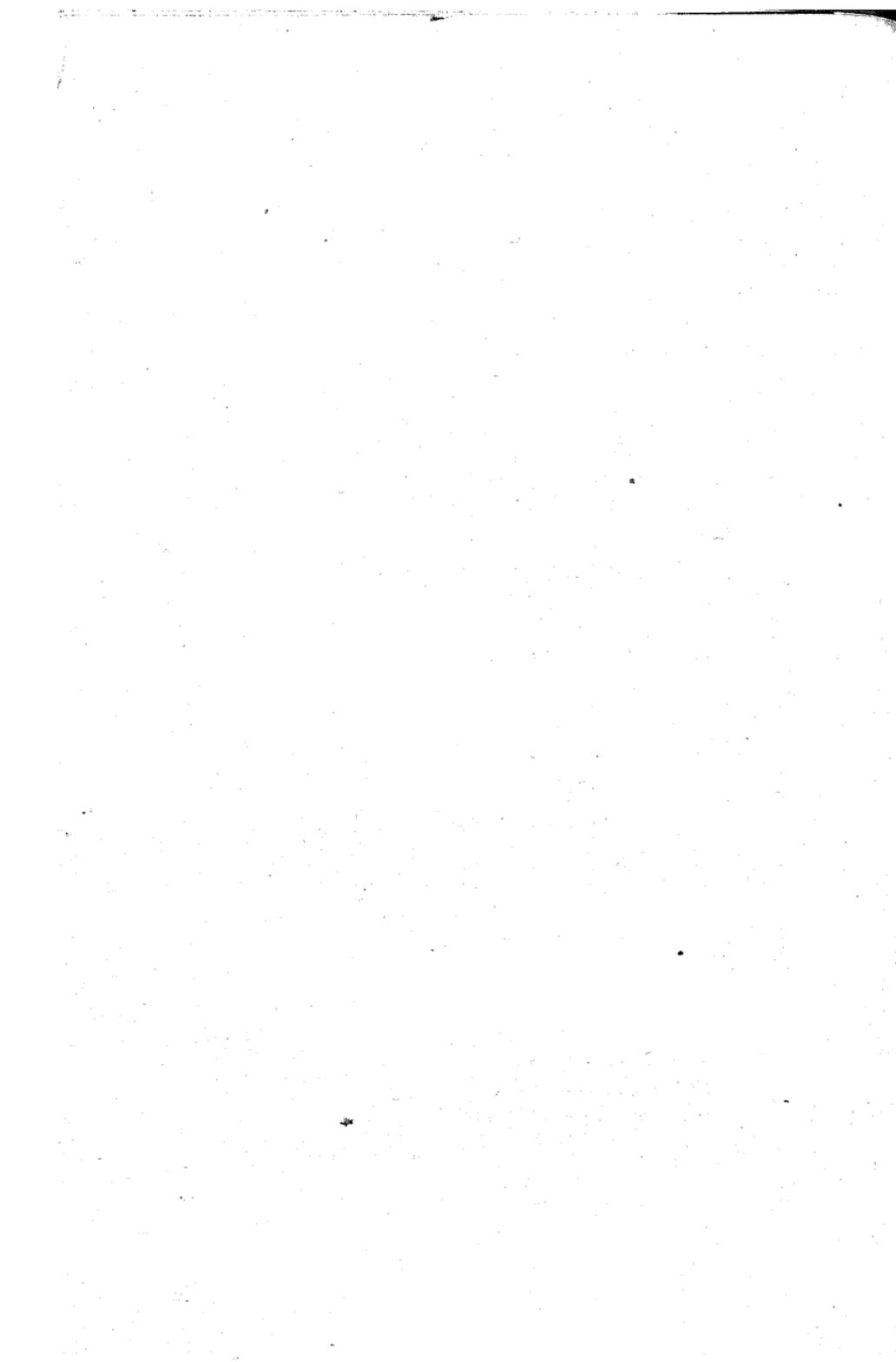


## EL ALJIBE DE LA GITANA.

Y bien, ¿qué importaba? Juzef nunca había succumbido al miedo.

— Si oyen, si acuden, dijo, cuando lleguen le encontrarán muerto; y si no puedo escapar moriré matando. ¿Acaso no es ya para mí la vida enojosa? y no sé cómo he podido pensar ni un solo momento en el asesinato.

Y envainando su puñal movió bruscamente al comendador y le despertó.



## CAPITULO IV

EN QUE SE CONTINUA RELATANDO LO QUE VEIA EN SU SUEÑO

JUZEF



El comendador se incorporó de una manera violenta, y dejó ver ese terror natural de quien profundamente dormido es despertado de una manera ruda y ve delante de sí un desconocido en

su propio dormitorio, donde se creía completamente seguro.

Pero era bravo y se recobró al momento.

Era experimentado é inteligente y por el aspecto de Juzef comprendió que no era ni un ladrón, ni un asesino.

— Y bien, dijo Sarabia con acento duro y amenazador : ¿ quién sois ? ¿ qué quereis ?

— ¿ Yo ? soy, contestó con voz sorda y profunda Juzef, voz que hacia temblorosa la cólera mal contenida , Sydi-Juzef-ben-Chalid-el-Gazul-el-Seiful-l'Islam.

Y Juzef dijo lentamente, y acentuándole de una manera hueca y estraña, su largo nombre.

— ¡ Su padre ! exclamó el comendador de una manera seca y fria.

Y buscaba en el sillón que tenia junto al lecho y con una mano firme sus ropas.

— Ya sabes quien soy, dijo Juzef : ahora voy á decirte á lo que vengo : ¡ vengo á matarte !

— ¿ Y por qué no me has muerto mientras dormia ?

— Porque yo no soy como tú que buscas asesinos para librarte de tus enemigos : tú eres un cobarde !

— ¡ Cobarde ! exclamó con acento rugiente el comendador : ¿ has dicho cobarde ?

— ¡ Sí, cobarde é infame !

— ¡ Sangre y muerte ! exclamó el comendador saltando del lecho y dejándose ver únicamente con las ropas blancas interiores.

Luego se arrojó sobre un rincon de la estancia, donde estaba su espada, la tomó, la desnudó y se lanzó terrible sobre Juzef.

Las palabras eran inútiles.

Sobre todo, los hombres fuertes cuando están dominados por la cólera, no hablan, obran.

## II

Juzef, al ver que el comendador se arrojaba sobre su espada, desnudó la suya.

Recibió el ataque violento del comendador y paró con una admirable destreza y con una prontitud increíble el primer golpe que habia sido una estocada baja á la italiana digna de un condotiero.

Pero Juzef necesitaba que el comendador hablase.

Quería saber dónde estaba su hija.

Así es que, para obligar al comendador á que le contestase, esperó un segundo ataque, que no tardó, y le desarmó con una violenta parada.

La espada arrancada de la mano del comendador fue á caer á algunos pasos de distancia á su derecha.

El comendador fue á arrojarse sobre su espada pero se encontró atajado por la de Juzef.

— ¡Mátame! dijo con acento terrible y opaco.

— Dime dónde está mi hija... mejor aun, escribela una carta llamándola, asegurándola que puede venir, y acaso te perdono la vida.

— ¡Necio! exclamó con desden Sarabia.

— ¡Necio! contestó con altivez Juzef: ¿y por qué?

— ¿De qué te serviría esa carta?

— Es que esa carta no la escribirías aquí.

— ¿Dónde, pues?

— Seria necesario que me siguieses: eres mi cautivo en buena lid.

— ¡Cautivo! exclamó sonriendo de una manera despreciativa Sarabia.

— Sí, mi cautivo ó muerto.

— ¿Crees tú que por miedo has de recabar algo de mi, moro? exclamó con un desden supremo Sarabia: yo te desprecio como he despreciado, como desprecio á tu hija.

### III

La cólera, el orgullo ofendido hablaban por la boca de Sarabia.

Aquellos dos hombres eran demasiado enérgicos, demasiado violentos para poder entenderse.

Juzef no contestó.

Estaba pálido como un cadáver.

Por sus ojos salía la llamarada de un volcan.

Una llamarada de muerte.

— ¡Hiere! dijo el comendador ; ¡ hiere y aprende á tener valor de mí ! yo podria engañarte, escribir á tu hija, ganar tiempo, tenderte un lazo y prenderte : pero esto me deshonraria ; verian que me habia vencido un hombre de soño á solo, y que yo habia sobrevivido á mi vergüenza. No, hiere.

Y Sarabia miraba sonriendo de una manera extraña á Juzef, que empezaba á sentirse dominado por el heroico valor de que le estaba dando muestras indudables el castellano.

— Yo podria aun perdonarte si me dieras mi hija, exclamó Juzef.

— Yo te la daria sin tu perdon, te lo aseguro, si no me hubieras amenazado.

— Yo no te comprendo, exclamó con asombro Juzef ; ¿ quieres morir ?

— Sí, antes que deber la vida á un enemigo.

— Es que yo no puedo matarte si no te defien-

des, y tú no puedes defenderte de mí, soy mas fuerte que tú.

— Mas fuerte y mas diestro, exclamó el comendador soltando una carcajada hueca, chirriante.

Y creyendo desprevenido á Juzef, se arrojó sobre él y pretendió derribarle.

— ¡ Ah infame ! exclamó Juzef manteniéndose tan firme como si hubiera sido una estatua afianzada al pavimento : ¡ ah perro traidor !

Y apretando entre los brazos como entre un mecanismo de hierro á Sarabia, le sacudió primero á la derecha, despues á la izquierda, y aunque Sarabia tenia unas fuerzas de toro, dió con él en tierra, le dominó y le puso una rodilla en el pecho.

— ¡ A mí, socorro ! ¡ mis escuderos á mí ! gritó con voz de trueno el comendador.

— ¡ Ah, infame ! exclamó Juzef : ¿ y eras tú el

EL ALJIBE DE LA GITANA.



que no querías llamar en tu ayuda por no deshonrarte? pues bien, muere como un reptil.

Sarabia seguía gritando á cada momento con mas fuerza.

De repente sus gritos se enrojecieron, se apagaron.

Se oyó un terrible crugimiento de huesos.

El comendador se debatió en esfuerzos desesperados.

Luego quedó inmóvil.

Muerto.

Juzef había oprimido de tal manera su rodilla sobre el pecho de Sarabia, que le había silenciosamente aplastado.

Las costillas del pecho se habían unido con las de la espalda.

## IV

Juzef se levantó y por algun tiempo se quedó contemplando de una manera terrible á su enemigo, por cuya boca salia un borboton de sangre espumosa.

— Era fuerza que esto sucediera : Dios lo ha querido ; pero la casa se pone en movimiento ; le han oido y acuden.

En efecto, se oian pisadas y voces de muchos hombres.

Juzef ganó la puerta por donde habia entrado en la cámara, atravesó el corredor y salió al huerto.

— Ya era tiempo, dijo Varguillas ; he pasado

un buen miedo; el comendador gritaba de manera que sin duda le han oído á dos leguas: salvémonos.

Y asiendo de la mano á Juzef le guió á través de la oscuridad hácia el postigo, le abrió, salieron y Varguillas cerró.

Se alejaron rápidamente, ganaron la casa de la manceba de Varguillas y permanecieron en ella hasta el amanecer, que salieron por la puerta de Granada.

Entonces picaron largo á sus caballos y muy pronto pasaron la frontera.

## V

Al día siguiente Juzef envió al corregidor de Antequera con un cautivo cristiano, á quien dió

la libertad, la siguiente carta en árabigo aljamiad.

« La alabanza á Dios : él dé paz y prosperidad si le conviene al kadí cristiano de Antequera.

Has de saber que yo maté anoche en su misma cámara al maldito de Dios, al traidor comendador Sarabia.

Haz visible esta carta á todos los que pudieres para que no se persiga á nadie por esa muerte, y para que todos sepan que el que toca á mi honra y á mi corazon muere de muerte miserable.

Él me robó mi hija y la hizo su manceba.

Yo le he hecho arrojar por la boca la negra sangre de sus malvadas entrañas.

Si esto no ha acontecido antes, ha sido porque desde el dia de mi dolor y de mi afrenta hasta ahora me ha tenido preso el rey mi señor.

El que quiera vengar esta muerte me encontra-

rá en el campo y armado bajo el estandarte rojo  
de mi señor.

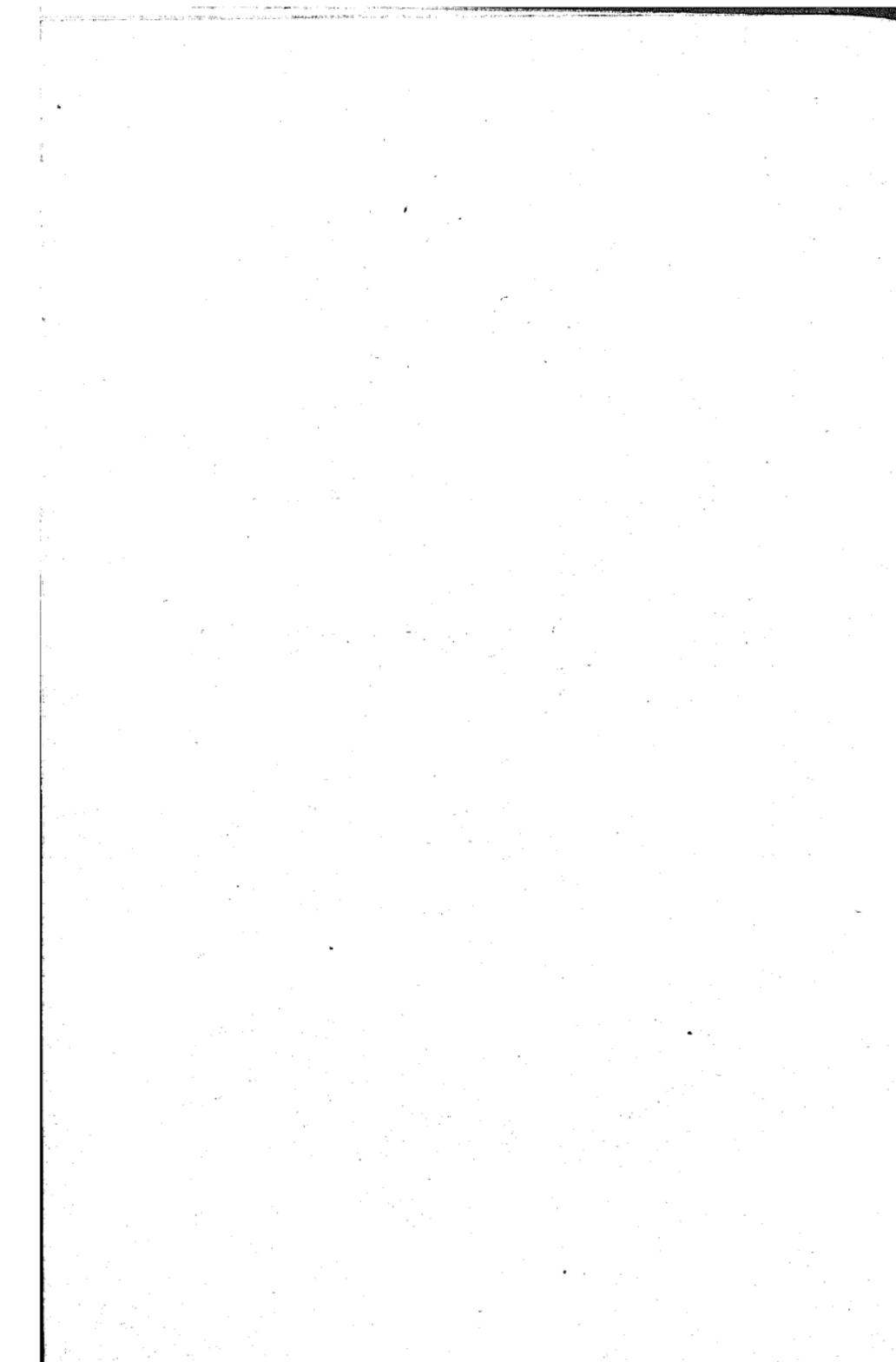
Dios te guarde.

Sydi-Juzef-ben-Chalid-el-Gazul-el-Seiful-l'Islam.»



## CAPITULO V

EN QUE TERMINA LO QUE SE REPRESENTÓ COMO PRESENTE EN SU  
SUEÑO SIDI-JUZEF



Pasó mucho tiempo.

Pasaron años.

Llegó el tan fatal para los moros de Granada  
de 1492.

El día dos de Enero la ciudad, asediada durante diez años, reducida á su propio esfuerzo, perdidas las fortalezas, villas y lugares del reino, se entregó á las incontrastables armas de los magníficos Reyes Católicos de gloriosa memoria.

Gran parte de los moradores de la ciudad pasaron al Africa, y el resto se quedó con sus mujeres sujetos á las capitulaciones de la rendición de Granada.

## II

En la tarde de aquel día, un moro con la barba gris, de semblante noble y apenado, ricamente cubierto el fuerte arnés con una sobrevesta de seda roja y oro, y terciada la lanza y embrazada la adaga hacia galopar su magnífico caballo por la

falda de Sierra Elvira, en direccion á las ásperas escabrosidades de la montaña.

Este caballero era Sydi-Juzef-ben-Chalid.

Él no habia podido pasar á Africa, porque no habia perdido la esperanza de encontrar á su hija, de la cual, por mas que lo habia procurado, no habia sabido si era viva ó muerta.

No podia quedarse ostensiblemente en España porque pesaba sobre él la muerte del comendador Sarabia, que los cristianos no hubieran dejado devengar, y que él habia confesado en la carta que habia escrito al corregidor de Antequera.

Y no se habia engañado Juzef; porque apenas se asentaron las cosas de Granada y hubo en ella gobierno y chancillería, cuando se le condenó en rebeldía á ser ahorcado y se le confiscaron sus bienes.

Esta noticia fue á llevársela á la Sierra su fiel Varguillas que era feliz y padre de muchos hijos.

— Cúmplase la voluntad del Señor, dijo Juzef;

hasta ahora he vivido de mis riquezas, desde ahora viviré de mi trabajo: compraré una balles- ta, jaez y vestido de montero con lo que pro- duzca la venta de mis armas y mi caballo.

— Conservad vuestro caballo que le amais, y guardad vuestras armas por si un dia las nece- sitais para servir á vuestra patria.

— ¡La patria! exclamó con amargura Juzef: ¡la patria se ha perdido!

— ¿Quién sabe?

— Pensemos en lo único en que podemos pen- sar, dijo Juzef: se necesita algun dinero, ¿ cómo procurárnoslo?

— Yo tengo algunos miles de doblas jucefinas que he podido salvar.

— ¡Salvar! pues que, ¿ tú tambien te ves obligado á huir?

— Sí señor: uno de los alguaciles que acompa- ñaban al atcalde que fue á confiscar vuestros

bienes, anduvo preguntando por el caserío si conocían á uno que se llamaba Varguillas que habia sido criado del comendador don Pedro Sarabia ; resulta que aquella maldita con quien yo tuve amores en Antequera, y en cuya casa estuvimos escondidos, me vendió á la justicia, que ha tenido mi nombre en la memoria.

— ¡ Ah ! ¿ con que tú tambien estás amenazado ?

— Sí señor, sí, y si me cogieran me ahorcarían como á vos si os echaran mano : pero por fortuna yo me habia salido del caserío con mi familia y con todos los dineros que habia podido salvar de vuestra casa y de la mia, me avisaron y sin perder tiempo me metí con los míos en la Sierra.

— ¿ Y mis otros servidores ?

— Los han preso para obligarles por el terror á que declaren donde os encontráis.

— ¡ Cúmplase la voluntad de Dios ! exclamó Ju-

zef levantando los ojos al cielo : ¡ cuántas desgracias ha traído sobre mi casa aquel infame! pero viniendo á lo presente : ¿ qué piensas hacer tú con los tuyos en la Sierra ? ¿ no sería mejor que siguiendo la montaña y por lugares estraviados dieses en las Alpujarras y luego en la costa y pasases á Africa ?

— ¿ Vendrias tú, señor ?

— No : yo espero aun encontrar á mi hija.

Movió tristemente la cabeza Varguillas.

— El corazon me dice que la encontraré.

— Pues bien, yo permaneceré á vuestro lado.

— Dios premiará tu lealtad : ¿ pero dónde habeis de vivir ? una familia numerosa no se mantiene como un hombre solo.

— Hay en el corazon de la Sierra de Guadix, dijo Varguillas, un monte cuya ancha meseta es bastante para mantener á un pueblo : este monte está rodeado de terribles quebraduras,

que le hacen inaccesible; un río pasa á su pie y abundan la caza y la pesca; nosotros subiremos á la planicie de la montaña el agua del río por medio de norias, y la haremos fructífera; por último, allí existen las ruinas de un viejo castillo romano, con cuyas piedras se puede construir un pueblo.

— ¿Y cómo haremos nosotros esto con la sola ayuda de tus hijos que aun son muy jóvenes!

— El jeque Sydi-Jaël con su familia, que es muy numerosa, y con otras muchas familias que no han querido pasar á Africa ni sufrir la ley de los vencedores, está ya fundando su alcocer.

## III

Juzef, guiado por Varguillas, se fue al monte de que se habia hablado, y le encontró ya poblado de cabañas provisionales.

Se construia el muro y se trabajaba en subir el agua del rio á la cumbre por medio de norias escalonadas que hacian fructiferas no solo la planicie sino tambien las vertientes.

Juzef tuvo ya amigos de quien ampararse.

Pero sus desgracias le tenian tan acabado que prefirió la soledad, y construyó mucho mas abajo del alcocer de Jaël la cabaña que el dia anterior le habian incendiado los cuadrilleros.

## IV

Dos años habian pasado y algunos meses desde el dia en que se habia escondido en la montaña.

Se habia mantenido exclusivamente de la caza y habia ido muy pocas veces al alcocer de Jaël.

Ya hemos dicho que alcocer en árabe significa lugar puesto en alto.

Los dineros de Juzef que habia salvado Varguillas y que ascendian á una suma respetable, estaban depositados en poder del honrado Jael.

Este, así como los jefes de la familia que con él habian fundado el alcocer, conservaban tambien la parte de sus riquezas que habian salvado.

En nada tenian que gastar.

Vivian patriarcalmente.

El terreno de que se habian apoderado y que habian hecho muy fértil, les daba telas, y linos, y cáñamos para sus trajes y las necesidades de sus casas, y cogian grandes cosechas de trigo, maiz, cebada y centeno y ricas frutas y hortalizas.

Todo se lo hacian ellos mismos.

De manera que el alcázar era al mismo tiempo industrial y agrícola.

Labradores, pastores, panaderos, carpinteros, horneros, alfareros, sastres, zapateros, tejedores, cazadores, pescadores, se lo hacian todo.

Vivian en familia.

Trabajaban todos.

No se usaba el dinero : no hacia falta.

Aquello era una pequeña república ignorada, en que lo maspreciado era una gran pureza en sus costumbres.

Hubieran sido, en fin, completamente felices, si no hubieran recordado su hermosa y magnífica Granada y su encantadora vega, y aquellos formidables ejércitos, cuyos capitanes resplandecían en joyas y galas cuando iban bajo los rayos de su sol dorado y j6ven, si se nos permite la frase, como una corriente de fuego al encuentro de los cristianos que habian pasado la frontera.

## V

A mas de que su propia fortuna, que habia quedado á Juzef, era considerable, podia disponer de la fortuna de todos los otros.

¿Para qué las queria ?

Y luego, ¿no se habían ellos enriquecido amparados por él?

¿No los había protegido á todos?

## VI

Al llegar á este punto de su sueño, Juzef veía en él á Maravilla rica, respetada, reclamar sus derechos, revindicándolos á fuerza de oro, siendo el ornamento de la córte de Castilla.

Tal vez entonces su madre saldría de su retiro.

Juzef soñaba con arreglo á su deseo.

## VII

Habia pasado entre tanto la gran noche.

El alba empezaba á esclarecer pálidamente los montes y valles, y arrojaba sobre ellos sus rocíos.

Los pájaros despertaban y entonaban un canto matutino.

Juzef despertó tambien.

Tenia fatigada la cabeza por la fuerza de su sueño, que habia sido tan semejante á la realidad cuanto un sueño puede serlo.

Los dolores de Juzef se habian avivado, y una profunda tristeza le oprimia el corazon.

— ¡ Oh ! ¡ qué sueño tan triste ! exclamó : Dios

nos ha dado con la memoria un don funesto; pero sin ella, ¿qué sería la vida? Un punto solo que pasaría rápidamente por el tiempo.

El hombre sería como las ondas, como las nubes, como las hojas secas, que van á donde el viento las lleva, sin saber de dónde vienen. ¡Ah! ¡Dios es sumamente sabio y misericordioso! Él ama al hombre y le ha hecho superior á todos los seres, dueño de cuanto existe sobre la tierra; pero dueño también del dolor.

Juzef hizo su ablucion en un arroyo, y elevó á Dios su oracion de la mañana.

Nunca habia olvidado Juzef el cumplimiento de este piadoso deber, ni aun en los tiempos de sus mayores pruebas, ni nunca le habia cumplido sin una fé ardiente y sin una perfecta resignacion á la voluntad de Dios

La oracion confortó su espíritu.

El fresco de la mañana y las purísimas auras

EL ALJIBE DE LA GITANA.



de la montaña calmaron la escitacion febril de su cabeza.

Entonces se alegró de su fatiga, que le habia obligado á sentarse, y del sueño que le habia sobrevenido.

De otro modo, en el primer momento de su delirio, se hubiera entregado á trasportes de amor con Maravilla, la hubiera llamado su nieta, se hubiera visto obligado á esplicarse, á contar á Maravilla su triste historia, la deshonra de su madre, y hacerla sentir la incertidumbre dolorosa que él experimentaba acerca de su suerte.

VIII

Se propuso, pues, disimular con Maravilla y con todos, y precedido de Bul-bul, que gruñía

porque echaba de menos su almuerzo, que todos los días comía á aquella hora, se encaminó al alcázar de Jaël, al que llegó ya muy alto el sol.

Maravilla habia pasado una noche de delirio por el terror que la habia causado su aventura con Moavia.

Los médicos, que allí lo eran casi todos, porque los moros son muy dados á la medicina, habian declarado que la vida de Maravilla estaba en peligro.

— Es necesario avisar á los parientes de esa doncella, dijo Jaël.

— Esa doncella, contestó Juzef, está perseguida, amenazada.

— ¿Y por qué?

— Se la acusa de una muerte que he hecho yo.

— ¿Tú?

— Sí, he matado á un infame que se habia

apoderado de ella : yo me habia alejado cazando, y hacia mi camino con direceion á mi cabaña, cuando oí gritos desesperados de mujer : acudí, y encontré á esa jóven que luchaba con un hombre defendiendo su pureza.

— ¡Ah! ¡ah!

— Aquel miserable me obligó á matarle.

— Y merece bien la muerte : Dios te llevó para que salvases á esa desgraciada.

— ¡Quién sabe si perecerá á causa del temor! contestó con voz profunda y apenada Juzef.

— ¡Dios no quiera! nosotros haremos cuanto nos sea posible para salvarla. ¿Y no sabes ni el nombre ni la familia de esa doncella?

— Si, puesto que sé que está perseguida por la justicia.

— ¿Nada te ha dicho ella?

— No, porque durante mi lucha con el hombre perdió el conocimiento.

— ¿Y cómo has sabido que está perseguida?

— Enviando á un pastor á la ciudad á que se informase si se hablaba de la desaparicion de una doncella, y el pastor volvió y me dijo que en efecto, una doncella habia desaparecido del barrio de los gitanos de la Puerta de Faxalauza, y que se la acusaba de la muerte de un hombre.

— Tú me ocultas la verdad, Juzef, dijo severamente Jaël; tú no sabes mentir, y te venden tus palabras y tu semblante. ¿Habrás tú sucumbido acaso á una tentacion de Satanás? ¿habrás tú robado á esa doncella?

— ¡Cómo! ¿desconfías de mí?

— Se conoce harto claro que la amas y que mientes: no se miente nunca mas que para ocultar una culpa, ó para un mal propósito.

— Pues bien: quiero mejor confiarte un grave secreto, que hacerme sospechoso para tí de una mala accion. Dame algo que yo dé de almorzar á Bul-bul, que no me deja en paz con sus gruñi-

dos, y despues te contaré una historia estraordinaria.

## IX

Cuando lo hubo revelado todo Juzef á Jaël, este le dijo :

— Es necesario buscar á ese caballero que dices ha hechizado tu nieta : es necesario informarse de todo : yo enviaré persona de confianza.

Jaël llamó á uno de sus nietos, le mandó enjaezase un caballo, montó en él y partió.

No se detuvo hasta que llegó á una alquería distante dos leguas.

Habló con el jeque de ella, que era un venerable anciano, que le escuchó atentamente, y

como estaba sometido á los cristianos y no corria peligro alguno de encontrarse entre ellos, montó á caballo, y acompañado de uno de sus hijos se hospedó aquella misma noche en un meson del Albaicin.

Jaël volvió á su alcázar y encontró entusiasmado á Juzef.

Los médicos habian declarado que la vida de Maravilla no corria ya peligro.

## CAPITULO VI

EN QUE VAN APARECIENDO LAS CONSECUENCIAS DE LOS SUCESOS  
ANTERIORES



# I

Don Diego Sarabia estuvo cuatro días en casa de Ruy Perez antes de ser trasladado á la suya.

Doña Elvira no se habia separado un momento de él, ni habia tomado mas que ligeros instan-

tes de descanso, y aun así sobre un sillón colocado junto al lecho del enfermo, y echando la cabeza sobre la almohada de este.

Tal era la ardiente, la apasionada solicitud de doña Elvira por don Diego que el buen Ruy Perez decia á cada momento á sus hijos :

— Mucho ama esta hermana á su hermano.

Pero no habia que dudar de que hermanos eran.

Los que conocian á los Sarabias se escandalizaron de una pregunta que acerca de esto les hizo el viejo soldado, que solo para hacer esta pregunta habian ido á Granada.

— ¡ Ama tanto doña Elvira á don Diego ! contestó para disculparse de lo estraño de su pregunta Ruy Perez.

— ¡ Pues no le ha de amar, le respondieron, si es huérfana y no tiene en el mundo mas que á su hermano ?

— Pues así y todo, insistió Ruy Perez, no quisiera yo que mi nietecito y nieta, cuando sean crecidos, se amen como se aman doña Elvira y don Diego, ó mas bien como ama doña Elvira á su hermano, porque en cuanto á este ya sea que esté todavía atontado de la caída ó que tenga otros pensamientos, no parece tan amante de doña Elvira como doña Elvira de él.

## II

Esta conversacion pasaba entre soldados viejos de los tercios, antiguos camaradas de Ruy Perez, en la Plaza Nueva, en el Rincon de Vagos, cuando al llegar á este punto la conversacion sobrevino un soldado inválido, manco y cojo, surcada de costurones, de cicatrices la cara, pero mas surcado de costurones, de remiendos el sayo.

— ¿Han venido noticias de Italia? preguntó: ¿qué tal nos va por allá? dicen que Gonzalo de Córdoba manda en Roma mas que el Papa, y que los de Italia han dado en llamarle el Gran Capitán.

— Por Italia nos va bien, dijo otro: y me parece que el reino de Nápoles nos le metemos en el bolsillo: pero no se trata ahora de eso, sino de unos huéspedes que tiene en su casa el señor Ruy Perez.

— ¿Y son personas principales? preguntó el lisiado; sin duda cuando así merecen que vuesa-mercedes se entretengan con ellos.

— Son nomenos, dijo Ruy Perez, que el capitán don Diego Sarabia y su hermana doña Elvira.

— Gran clase, mas que por su claro linaje por su hermosura y por la majestad con que anda y con que mira: conózcola porque mas de una vez que he ido á importunarla con los clamores de mi honrada pobreza, me ha socorrido hidalga-

mente, es decir me ha dado algun socorro, y me ha entretenido no pocos momentos, y siempre me ha preguntado vehementisimamente por su hermano, á quien decia no conocer, y yo la habia dicho que le conocia mucho.

— ¡Que no conocia á su hermano! dijo asombrado Ruy Perez.

— ¡Y de qué os maravillais? pues asi las hay á docenas entre la gente noble, y de ellas que niaun á sus padres conocen: porque habeis de saber que la gente noble y rica ama mucho que sus hijos se crien en los conventos, y sucede que la córte se muda, y con la córte se van los padres y no vuelven en muchos años: y suele suceder que no conocen á su familia ni á sus padres hasta que estos las sacan del convento para casarlas: y viniendo á doña Elvira que se ha criado en un convento de Valladolid, esta señora sí conocia á su padre, pero no á su hermano, porque este andaba arriba y abajo con la córte, porque era paje de la reina

nuestra señora ; y ya sabéis que la córte ha estado siempre desde hace doce ó catorce años delante de la villa ó ciudad mora, que los señores Reyes Católicos han combatido, ó cuando no en Barcelona ó en Madrid ; y como la doña Elvira no tiene sino cuando mas diez y ocho años, habiendo pasado doce ó catorce desde que no habia visto á su hermano, no podia acordarse de él.

— Pues los hermanos, dijo Ruy Perez, debian criarse juntos y así se evitarian muchos pecados.

— ¿Por qué decís eso, señor Ruy Perez? preguntó el inválido.

— Digo porque dos hermanos que no se conocen y no se acostumbran á tratarse como hermanos, y luego se juntan teniendo el uno veinticinco años y la otra diez y ocho, están muy en peligro de mirarse como si fueran estraños.

— Decís bien, contestó el de los costurones: pero habeis de saber, señor Ruy Perez, que por esta parte os equivocais ; la tal doña Elvira no conoce

el amor; yo creo que Dios no la ha hecho para casada; como su hermosura es tan maravillosa y ella además es tan rica, la llueven los pretendientes, y antes de que viniera don Diego había todas las noches cuchilladas en su casa entre los celosos que se disputaban la dicha de ver desde la calle los balcones del dormitorio de doña Elvira, y tal vez aguantando la lluvia y el viento y el frío: cuando volvió don Diego era distinto: nadie se atrevió á rondar la casa de doña Elvira, como cuando la acompañaba únicamente el viejo mayordomo del difunto don Juan Sarabia, Gil Guierrez, á quien su amo había dejado por tutor de su hija: todos sabían que don Diego tenía muy mal génio y que no lo pasarían bien los rondadores si él se apercibía de las rondaduras; pero así y todo el hermano no puede quitarse de encima los pretendientes y ella dice siempre:

— No me casaré jamás.

— ¿Y qué mas prueba, dijo Ruy Perez, rom-

piendo ya por todo, de que está enamorada de su hermano?

— Pero hombre de Dios, exclamó el lisiado, cómo podía estar enamorada de su hermano si no le conocía.

— Se habrá enamorado de él después de conocerle: cuando yo os lo digo es porque he visto... y creedme, si no fuera porque está enfermo y de mucho cuidado, yo me apresuraria á quitar este escándalo de mi casa: pero gracias á Dios ya parece que va mejor y que trata de llevárselo su hermana.

Y así siguieron murmurando hasta que llegada la hora de comer cada uno se fue por su lado, quien á su casa, quien al figon, quien á pasear su hambre.

## III

En efecto, doña Elvira se llevó á los cuatro días del accidente á don Diego en una silla de manos muy cerrada y muy reenchida de almohadas, y ella lo acompañó en otra casa.

Doña Elvira, á pretexto de la gravedad del estado de don Diego, habia impedido se le tomase declaracion.

No habia querido se supiese su aventura con una gitana que, por hermosa y pura, era renombrada en el Albaicin y aun en Granada por los hidalgos libertinos.

Se habian convencido de que don Diego no tenia idea ninguna de que en su aventura hubiese mediado una mujer.

Él había dicho á doña Elvira cuando vuelto en sí pudo recobrar sus recuerdos :

— El caballo era muy fogoso y estaba viciado por castigos brutales de los palafreneros ; se me asombró en el camino, tascó el freno y partió ; yo le veía que se arrojaba por un derrumbadero : al caer perdí el conocimiento, y cuando le he recobrado me he encontrado aquí y á tí mirándome ansiosa junto á mi lecho.

— ¿ Y no recuerdas haber visto ninguna persona poco antes de tu caída.

— Los que pasaban por el camino, y ni aun así, porque iba muy distraido : iba pensando.....

— ¿ En qué ?

— En nada : en locuras.

— ¿ Pero ¿ qué locuras eran esas ?

— Ambiciones irrealizables.

— Tú puedes conseguirlo todo.

— Sí, todo menos lo imposible.

— ¿Y lo que tú deseas es imposible?

— Sí, imposible de todo punto.

— ¿Y qué es ello?

— Perdóname, Elvira, pero es un secreto que yo no revelaré ni aun al confesor.

#### I V

Doña Elvira no se atrevía á creer que el imposible que desesperaba á don Diego era ella.

Aunque fuese un libertino sin freno, don Diego no llegaba hasta el punto de hacer su amante á la que creía su hermana.

Sobre su libertinaje estaban sus creencias, y por lo tanto su terror al infierno.

Luchaba pues con la influencia que sobre él ejercía doña Elvira.

Nunca habia sido tan valiente como entonces que luchaba consigo mismo.

## V

Se asombraba y se estremecía al ver que doña Elvira no le recataba su amor.

Mejor dicho su pasión.

Cierto es que este amor, que esta pasión no aparecían en sus palabras.

Pero aparecían en sus ojos y en todas sus acciones.

VI

Espliquemos esta situacion que puede alarmar á algunas personas timoratas.

No queremos pasar por inmorales.

Por narradores de cosas monstruosas.

No lo hemos sido nunca.

Doña Elvira sabia que don Diego Sarabia no era su hermano.

¿Cómo?

La misma doña Elvira nos lo dirá.

## VII

Don Diego sufría horriblemente.

El amor y la hermosura de doña Elvira le embriagaban.

Y sin embargo, dominaba de tal manera el estado de su espíritu, de tal manera disimulaba, que doña Elvira decía :

— ¡ Ah ! será necesario que yo hable sin que él me pregunte : él me cree su hermana, él cree que es amor de hermana todos los esfuerzos que yo hago por él.

## VIII

Don Diego mejoraba rápidamente.

Al fin un dia dejó el lecho, y dos dias despues salió á la calle.

Doña Elvira, que habia evitado que se tomase declaracion á don Diego á pretesto de que tenia muy mala la cabeza, no encontró pretesto para evitar que don Diego saliese y se fuese al Rincon de Vagos de la Plaza Nueva de Granada, que era como si digéramos lo que fue el Mentidero de Madrid, es decir, el lugar de las noticias y de las murmuraciones.

## IX

En cuanto le vieron le salieron al encuentro multitud de hidalgos.

— Hé aquí al hechizado, dijeron, al que ha estado toda una noche en poder de una bruja.

— ¡ Y qué bruja !

— Yo quisiera estar en vuestro lugar.

— Y hay quien dice que la teneis guardada para vuestro regalo.

— ¿ Pero qué es lo que decís, señores ? dijo don Diego metiéndose entre sus amigos : esplicaos, porque yo no os entiendo.

— ¡ La gitana ! exclamaron.

— ¡ La hermosa Maravilla !

— ¡ El prodigio !

— ¿ Pero qué gitana, qué maravilla, que prodigios son esos ?

— ¡ María de la Maravilla !

— ¡ La del barrio de Faxalauza !

— ¡ La jóven mas hechicera que ha dicho jamás la buena-ventura !

— Maravilla no dice la buena ventura, señores, soltó uno; ó al menos no la decia, porque no se sabe lo que ha sido de ella.

— ¿ Y cómo quereis que esté sino escondida y muy guardada? dijo otro. ¡ Pues no! si llegan á prenderla, la justicia la ahorca y la inquisicion la quema.

— Parémonos, señores, parémonos y espliquémonos : conozco de nombre á esa gitana, y ¡vive Dios! que tenia deseos de conocerla en persona; pero otros empeños me lo han impedido hasta ahora.

— ¿Y querreis hacernos creer que no la conocéis, don Diego? dijo uno con acento punzante.

— ¡El que se atreva á desmentirme, que vea cómo lo hace! dijo don Diego clavando en el que acababa de hablar una mirada amenazadora y poniéndose pálido, porque era muy propenso á la ira.

— Perdonad, señor don Diego, perdonad, se apresuró á decir el apostrofado; yo no os he desmentido, pero creia que os chanceábais.

— ¡Pues habeis hecho muy mal en creerlo, dijo don Diego, y guardaos otra vez de equivocaros en lo que á mí toca, si no quereis que os sienta yo la mano!

## X

Esto era ya demasiado.

El que habia recibido á quemaropa esta andanada de don Diego no era ni manco ni blando de espíritu, y exclamó ciego de cólera :

— ¡ A mi ! ¡ que me vais á sentar á mi la mano !  
¡ Ni vos ni ningun *bravonel* fanfarron é insolente tal como vos !

Estas situaciones violentas eran muy frecuentes donde quiera que se encontraba don Diego, que era muy audaz y muy mal sufrido.

No sabemos qué consecuencias hubiera tenido aquella aventura, porque en el momento en que iba á dispararse don Diego se oyó muy cerca una voz severa, seca y desentonada que dijo :

— ¡Ténganse todos al Santo Oficio de la General Inquisición!

## XI

Dice un refran castellano : *Barbas mayores quitan menores.*

A todos se les puso de miedo la lengua fria, y la anterior disputa se cortó.

Tenian delante de si un negro alguacil de la Inquisición.

— Señor don Diego Sarabia, dijo este, sígame vuestra señoría.

— ¿Y qué tiene que ver la Inquisición, dijo don Diego, con que yo pretenda castigar á un insolente que se me ha subido á las barbas?

— De cosas ya pasadas, no de lo presente, tiene que deciros el Santo Oficio, contestó respetuosamente el alguacil.

— Y si de lo que se trata son de cosas pasadas, preguntó don Diego, ¿por qué no se me ha buscado antes?

— Buscádoseos há, contestó el alguacil; pero siempre se nos decia en vuestra casa que estabais muy enfermo de la cabeza, y que no se os podia hablar; pero puesto que se os encuentra en la calle y que puedo hablaros en nombre de la Santa Inquisicion...

— ¡Se me prende!

— No tanto, pero se os manda venir al momento al convento de Santo Domingo, donde os dirá lo que os tiene que decir su reverencia el inquisidor mayor. Vos no dareis ocasion á que se dude de vuestra fé, pretendiendo desobedecer.

El poder de la Inquisicion alcanzaba á todas

las alturas, y don Diego, aunque era muy principal y muy respetado, no se atrevió á desobedecer.

Siguió, pues, al alguacil, pero no sin decir á quien con él habia disputado :

— Pasaré esto y nos veremos las caras.

— Y aunque sean las entrañas, contestó el otro.

Don Diego se alejó, y los del corro se quedaron murmurando y haciendo comentarios acerca de lo que habia acontecido.

## CAPITULO VII

EN QUE DON DIEGO HABLA CON UN FRAILE Y CONCIERTA  
UN DUELO



# I

El reverendo padre don fray Tomás de Torquemada, el inquisidor de los inquisidores, nombrado para el altísimo cargo de general por los señores Reyes Católicos, estaba candorosamente entretenido en echar á los peces y á los patos del gran

estanque árabe de la huerta de Santo Domingo pedacitos de pan que le suministraban sus familiares colocados respetuosamente á su espalda.

Entre tanto, el reverendo estaba pensando cómo haria para bautizar á todos los mas moriscos que pudiera y quemar á los que se resistiesen á ser bautizados.

Porque para algo se habia creado el tribunal del Santo Oficio de la General Inquisicion contra su herética pravedad, y si no ejercia sus funciones encendiendo hogueras, venia á ser una cosa aparente, una especie de *bu* de la que acabarían por burlarse los mas tímidos.

## II

Hé aquí que de improviso la inocente ocupacion del inquisidor general y sus católicos pensamientos fueron interrumpidos por la bronca, pero sumisa voz de un lego, que todo lleno de respeto dijo :

— Reverendísimo padre: ahí ha llegado un familiar del Santo Oficio que trae consigo á un caballero, que dice tiene que presentar urgentemente á su señoría.

— ¿Le ha dicho el nombre de ese caballero? preguntó con voz altiva y severa Torquemada.

— Sí, señor; se llama don Diego Sarabia.

— ¡ Ah! exclamó el inquisidor, al cual le relucieron los ojos : ¡ que pase al momento!

Y el inquisidor se volvió hácia un magnífico pabellon árabe que aun se conserva y que se llama el *cuarto real*, y se encaminó á él.

— Que nadie pase mas que ese caballero, dijo cuando hubo entrado.

Y se sentó en un gran sillón con asiento y respaldo de terciopelo rojo y oro, detrás de una mesa cubierta con un magnífico tapete.

### III

Poco despues don Diego, muy compuestos el semblante y la mirada, estaba delante del inquisidor general.

Se acercó y le besó la mano.

—¿Sois, lo veo, dijo Torquemada, comendador de Calatrava?

—Tengo ese honor, reverendo padre.

—¿Sois tambien regidor perpétuo de Valladolid?

—De mi padre lo he heredado.

—¿Sois ademas capitan de caballos de los ejércitos de sus altezas?

—Lo he ganado á lanzadas.

—Me parece bien, y creo que sobre todo esto sereis buen cristiano.

—¿Lo duda vuestra reverencia? dijo don Diego no pudiendo contener enteramente lo ágrío de su carácter.

—Siéntese vuestra señoría, señor don Diego Sarabia, y hablemos.

Don Diego se sentó á corta distancia de la mesa y quedó en una actitud digna.

## IV

— Me habeis preguntado si dudo acerca de vuestra fé, dijo el inquisidor, y yo os respondo: sí, dudo, y dudo mucho.

— ¿Y por qué, reverendo padre?

— Por vuestro comercio con una hechicera, con una bruja.

— No sé de qué me habla vuestra reverencia, dijo mas que con miedo con curiosidad don Diego.

— Respondedme. ¿Qué haciais hace ocho dias en la mitad de la altura de un derrumbadero del camino del Farque?

— Segun me han dicho, yo estaba allí sin sentido.

— ¡ Ah ! ¡ sí ! ¡ os habia quitado el sentido la posesion que el demonio habia tomado de vos !

— No precisamente, padre, dijo don Diego, sino una caida de lo alto del tajo : mi caballo se habia desbocado y se habia precipitado.

— ¿ Quién estaba con vos en el espino ?

— No lo sé, reverendo padre.

— ¿ Qué os sujetaba al espino ?

— Mis ropas sin duda. Nada se me ha dicho de esto ; yo me he encontrado en un lecho cuando he vuelto en mí, y junto á mí he visto á mi hermana que lloraba. Ella me dijo que se me habia recogido sin sentido del pie del tajo, y tan á milagro he tenido yo esto, que he ofrecido una solemne funcion de gracias á Nuestra Señora la Santísima Madre de las Angustias en su ermita del Humilladero.

— ¿Y por qué no se ha hecho esa solemne funcion de gracias tan debida y tan justa?

— Porque hoy es el primer dia que salgo á la calle; pero tenedlo por suplicado, reverendo padre, y acceded vos á la súplica que os hago de que vos mismo celebreis de pontifical.

— Concedido, concedido, contestó Torquemada humanizándose algo; pero volvamos á nuestro asunto. Vos estábais sujeto al espino por una faja de seda azul con los extremos bordados de oro, y entre esos bordados se han reparado ciertas labores que, examinadas bien por sábios varones, han resultado ser signos cabalísticos é infernales.

— ¡Oh! ¡padre, yo ignoro todo eso!

— ¿Por qué se desbocó vuestro caballo?

— Porque se asombró.

— No, no, dijo el inquisidor general; vuestro caballo se desbocó por efecto de un conjuro infernal.

— Podrá ser, padre, é indudablemente lo es, puesto que vos lo decís; pero yo lo ignoraba.

— A las ancas de vuestro caballo iba una mujer.

— No la he sentido, padre.

— Quiero creerlo porque me parece que habláis con sinceridad; pero continuo: cuando vuestro caballo se arrojó por el derrumbadero, aquella mujer, que era una bruja...

— ¡ Ave María Purísima ! exclamó santiguándose don Diego.

— ¡ *Gratia plena* ! contestó el inquisidor: aquella mujer, que era una bruja, os sostuvo en el aire y se posó con vos sobre el espino... para devoraros, como el águila en su nido con su presa, ó mejor dicho, para devorar vuestra alma quemándola en el fuego del infierno.

## V

Hubo un momento de pausa solemne.

— Pero me estais diciendo cosas que ponen los cabellos de punta, exclamó don Diego que empalidecía mortalmente.

— Dad gracias al ángel de vuestra guarda que ha velado por vos haciendo que os viesen con la bruja en el espino y que acudiesen á libertaros, como lo hicieron ; pero habiendo descolgado á la bruja, que estaba atada, unida con vos por medio del cingulo mágico, desapareció matando á un hombre, y mas adelante mató á otro.

— Todo eso para mí es nuevo y terrible : nada me ha dicho mi hermana.

— Lo comprendo ; no se ha atrevido á inquietaros ; su amor por vos disculpa á esa señora ; pero tales cosas deben revelarse á aquel á quien ha acontecido, porque estos acontecimientos son avisos de Dios que indican que Su Divina Majestad está descontenta de nosotros y nos prueba permitiendo que el demonio nos envuelva en sus tentaciones.

— ¡ Tentaciones, reverendo padre ! preguntó con estrañeza don Diego.

— ¡ Oh ! dicen que la bruja que estaba con vos en el espino es muy jóven, y que está dotada, para su desgracia, de una hermosura maravillosa que la ha ensoberbecido, haciéndola que se olvide de Dios : ¡ pero qué mucho si es gitana y se llama Maravilla, nombre profano y soberbio !

## VI

Corrió algo como fuego por las venas del libertino al saber que era Maravilla, aquella tan ponderada y tan esquiva hermosura, la bruja con la cual se le habia encontrado en el espino.

— He oido nombrar á esa gitana, dijo, pero no la conozco.

— Pues preservaos de ella acudiendo á la oracion y á las mortificaciones, dijo Torquemada, porque segun todas las apariencias esa hechicera se ha prendado de vos y quiere devoraros ; y para que con mas fervor os defendais con santas precauciones, sabed que el demonio ha favorecido de tal modo á esa hechicera que no se la ha

podido haber á las manos, por mas que se ha conjurado, y apretado y compelido: ¡guardaos, guardaos! ¡cuanto antes, cuanto antes la solemne accion de gracias á Nuestra Santísima Señora de las Angustias.

— Sí, sí, reverendo padre, exclamó don Diego, es necesario que yo me salve del infierno.

— Sí, sí, tomad, entretanto os armáis de otros santos preparativos, mi bendicion.

Don Diego se arrodilló y recibió con la cabeza inclinada la bendicion del inquisidor general.

— Alzaos é id tranquilos, dijo el padre Torquemada; ya haremos porque el demonio no pueda nada contra nosotros.

Don Diego salió, pero no tranquilo como se lo habia deseado el inquisidor.

Primero porque no era para tranquilizarse estar mirado y sospechado por el Santo Oficio.

Y luego aquella Maravilla... doña Elvira...

Don Diego llevaba algo vago en su cabeza, algo ardiente en el corazón.

Al pasar por la Plaza Nueva para ir á su casa se tropezó con el hidalgo á quien habia provocado.

Este se le fue encima.

— No os molesteis, dijo don Diego, ni deis escándalo : estad esta noche...

— ¿ Dónde ?

— En el Campo del Tumbo, á caballo, y con un amigo de confianza : ya sabeis que los duelos se castigan á sangre.

— Bien : ¿ y á qué hora ?

— A las doce de la noche.

— Pero estarán cerradas las puertas.

— Es verdad : oid : en el coso del Aceytuno hay un portillo ; la muralla está todavía rota de los tiempos del cerco de la ciudad : salid por él y esperad en la falda del monte de Santa Elena.

— Espero que no faltareis.

— ¡ Vive Dios! si no bastara para mataros la insolencia de antes, esta última me obligaria á ello... id con Dios.

Estas palabras las habia oido un moro anciano que pasaba.

Cuando hubieron desaparecido los dos enemigos, el moro que se habia detenido dijo :

— ¡ A las doce en la falda del monte de Santa Elena !... ¡ bah !... es necesario avisar á Jaël.

Y tiró hácia el Albaicin, luego á una hospedería de la Plaza Larga, sacó su caballo y partió hácia la Sierra.



## CAPITULO VIII

UNA REVELACION IMPREVISTA



I

Don Diego llegó á su casa muy preocupado.

Doña Elvira le miró muy ansiosa.

— ¿Qué teneis? ¿estais enfermo? le preguntó:

no debiais haber salido: aun no estais bien curado.

— Si no hubiera salido, contestó con cierta secatura don Diego, no hubiera sabido lo que vos, no sé por qué, me habeis ocultado.

— ¿Y qué os he ocultado yo?

— Venid, sentaos; tengo que deciros lo que me ha acontecido esta mañana.

— Pues que ¿os ha acontecido algo!

— Sí, mucho y grave.

— ¿Grave?

— Gravísimo.

Doña Elvira se puso pálida.

— Acabad, acabad de una vez, dijo; me estais matando: ¡os amo tanto!

Don Diego se estremeció.

Doña Elvira le habia dejado ver una ardiente mirada de amor.

No de un amor fraternal, sino un amor de los sentidos y del alma, todo á un tiempo.

El amor de Adán por Eva.

— ¡Oh ! ¡ sí, sí ! ¡ estoy maldito de Dios ! exclamó para sí don Diego ; las tentaciones me rodean por todas partes... ¡ mi hermana ! ¡ Maravilla !

Como se vé, don Diego se habia impresionado fuertemente al saber que aquella gitana, de cuya hermosura habia oido tantas ponderaciones, se habia enamorado de él hasta el punto de haber querido devorarle en cuerpo y en alma, segun la espresion del inquisidor Torquemada.

## II

— ¿ En qué pensais que os habeis quedado tan confuso ? dijo doña Elvira.

— ¡Pienso en tantas cosas!

— ¿Hablares al fin?

— Escuchad.

Y don Diego contó punto por punto, palabra por palabra, todo lo que le habia acontecido desde que habia salido de su casa hasta que habia vuelto á ella.

### III

— ¡ Ah ! ¡ esa mujer ! ¡ esa maldita mujer que os ha traído tantas desventuras ! exclamó doña Elvira cuando hubo terminado su relato don Diego : ¡ sí ! ¡ el inquisidor general tiene razon ! ¡ es una homicida, una bruja, una hechicera ! os ha esclavizado la voluntad, os ha hechizado, pensais

en ella, la amais : ¡ yo no quiero que la ameis!

— ¿ Y por qué ? ¿ qué os importa á vos que yo la ame ó no ?

— ¡ Es una hechicera !

— Y que, ¿ acaso el amor no es un hechizo que nos roba la voluntad y nos embarga los sentidos ?

— Yo no quiero que la ameis, añadió creciendo en vehemencia doña Elvira ; yo no quiero morir desesperada porque vos la ameis.

— ¡ Hermana ! exclamó poniéndose de pie don Diego.

— ¡ Yo no soy vuestra hermana ! exclamó no pudiendo contenerse ya doña Elvira : ¡ no, yo puedo amaros sin ofender á Dios ni al mundo, y os amo con toda mi alma !

— ¡ Ah ! ¡ no, no ! exclamó don Diego llevándose las manos á la cabeza : ¡ vos quereis perderme, vos quereis condenarme ! ¿ cómo ha de ser que vos no seais mi hermana ?

— No, no soy vuestra hesmana, sino vuestra prima : yo soy hija de vuestro tío el comendador don Pedro Sarabia.

— ¡ La prueba, la prueba de eso ! exclamó don Diego : mi padre siempre os ha llamado su hija, siempre me ha hablado de vos como de mi hermana.

— ¿ Creeis á vuestro padre ?

— Mi padre no puede hablar desgraciadamente.

— Pero habla aun lo que ha dejado escrito de su mano ; hablan los testimonios de gente de justicia : yo tengo la prueba entera y clara como la luz del sol : prueba que vos no habeis visto porque yo no he querido mostrárosla hasta ahora, y si os la muestro es porque me veo obligada ; porque tengo celos.

— Pues bien : ¡ esa prueba, esa prueba ! exclamó don Diego que estaba fuera de sí.

— ¡ Venid, venid conmigo al que fue aposento vuestro padre, donde está aun el lecho en que vuestro padre murió, y junto á aquel lecho sagrado yo os mostraré esa prueba y allí estará con nosotros el espíritu de vuestro padre.

Y asiendo con su mano ardiente y trémula la de don Diego, le arrastró consigo.

## IV

Doña Elvira abrió con mano trémula una antiquísima y rica papelera, y de ella sacó un rollo de papeles sujeto con una cinta negra.

Al desenvolver doña Elvira aquellos papeles, don Diego vió que eran sellados y escritos al parecer de mano de amanuense de escribano.

— Tomad, leed, dijo doña Elvira dando á don Diego un cuaderno de papel sellado estrañamente escrito por la mano de don Juan Sarabia su padre.

Aquel cuaderno contenia la relacion de los hechos que ya conocen nuestros lectores relativos á la falsificacion del estado civil de doña Elvira, como diriamos hoy.

Aquella relacion, que era larga y dificil, y que leyó fuertemente conmovido don Diego, terminaba así :

## V

Un dia recibí una carta de Zobeika que estaba hacia muchos años recluida, como una mujer ig-

norada de todos, y llorando á mi hermano, de quien se consideraba viuda, en mi castillo de Ben-Havez en el reino de Almería.

La carta es copiada á la letra como sigue :

« Mi buen hermano don Juan : Estoy muriendo : mi vida no puede durar mucho : sé que al recibir de los señores reyes don Fernando y doña Isabel un heredamiento en el recién conquistado reino de Granada, habeis levantado en esa ciudad casa-solar, y que aconsejado por los médicos á causa de vuestras dolencias que os fuérais ahí por la pureza de sus aires, y no queriendo vivir apartado de mi hija os la habeis llevado con vos : yo no la conozco, hermano mio, yo no la conozco, y muero por conocerla : yo seré prudente : no me negueis la ventura de conocerla antes de morir : mirad que os pido esto con todas las ansias de mi corazon : vos no querreis que una pobre madre, despues de haber sufrido el tan largo y acerbo martirio de sus desventuras, muera de-

sesperada: espero con ánsia vuestra contestacion, que si me amais como yo amo, será enviarme personas que me acompañen en mi viaje para ir á conocer á mi hija. — María Zobeika-ben-Juzef.»

Esta carta me turbó de tal manera y me metió en tales confusiones, que no creia podria salir de ellas sin consultar á mi confesor.

Yo temia que cuando Maria viese á su hija no pudiese reprimirse y se descubriese su secreto, que habia estado tan bien guardado durante tanto tiempo.

Yo habia jurado á mi hermano Pedro que jamás Elvira sabria otra cosa sino que era mi hija.

¿Pero cómo negar á una madre que se creia próxima á la muerte y que habia sido tan desventurada el consuelo de conocer á su hija antes de morir?

Consulté, pues, á mi confesor, y este, cuando supo la historia, se puso contra mí furioso.

— Vos estais condenado, me dijo ; ¿ y cómo habeis podido atreveros á hacer lo que habeis hecho ? ¿ pues no teniais un hijo á quien habeis perjudicado dándole una hermana que no le ha dado Dios ? Deshaced, deshaced lo hecho cuanto antes, entregad á esa mujer su hija y revelad á vuestro hijo ese secreto que no debía haber existido jamás.

Yo me aterré ante la cólera de Dios con que me habia amenazado mi confesor, y envié á mi mayordomo con orden de traerse consigo á doña María.

Esta llegó de noche, fue á una posada y yo fui á verla.

La hablé largamente, la dije lo que me habia ordenado mi confesor hiciese en nombre de Dios, y María bajó la cabeza y me dijo :

— Yo me someto en nombre de mi hija á esa decision : destrúyase en buen hora lo que no habria sido si á mí se me hubiese consultado y hu-

biera tenido autoridad y poder para oponerme á ello.

Antes de que Zobeika viese á su hija se llamaron escribanos, sirvió de testigo mi mayordomo Ruy Gutierrez que estaba en el secreto, declaró Zobeika, declaré yo, se buscó en la iglesia parroquial de Santa María de Antequera la partida de bautismo legítima de Elvira, en la que aparecía como hija bastarda de mi hermano, y se legalizó y se testimonió todo de manera que no pueda haber duda de que doña Elvira de Sanabria no es hija mia, sino mi sobrina, hija de mi hermano.

Estos papeles se archivaron por los escribanos, que me entregaron una copia de ellos que es la presente, y se obligaron con juramento á guardar el secreto.

## VI

— ¡Ah! exclamó don Diego suspendiendo su lectura y mirando con ánsia á doña Elvira que le miraba á la par enamorada y anhelante; ¿con que puedo amarte? ¿con que amándote no ofendo á Dios ni á los hombres?...

— ¡Ah! ¡no! de otro modo, ¿cómo te hubiese yo mostrado este amor que me abrasa las entrañas? Pero sigue leyendo, don Diego; aun queda, aun queda mas.

Don Diego continuó:

## VII

El manuscrito seguía así :

« Despues de hecho todo esto, y antes de que Zobeika viera á Elvira, yo me encerré con ella, y despues de haberla anunciado que tenia que hacerla una revelacion, y advertirla que se armase de valor, la dí á leer lo anteriormente escrito.

Elvira se puso pálida y tembló, pero dominándolo todo, me dijo :

— ¡ Y bien ! gano, puesto que encuentro á mi madre. ¡ Quiero verla ! ¡ verla al momento !

Entonces fui yo á la posada donde estaba Zobeika y la llevé á mi casa.

Al ver á Elvira palideció como una muerta,

vaciló, y fue preciso que yo la sostuviese para que no cayese.

Elvira habia corrido á su madre y la estrechaba entre sus brazos y la besaba y la cubria de lágrimas.

Nunca hasta entonces habia yo visto llorar á Elvira.

Zobeika se recobró, miró fijamente y con la mirada estraviada á Elvira, y exclamó :

— ¿ Y eres tú mi hija ?

Luego, asiendo la cabeza de Elvira, la miró ansiosa en el cuello debajo de la oreja izquierda, dió un horrible grito y exclamó :

— ¡ Tú no eres mi hija ! ¡ mi hija tenia un lunar rojo en el cuello detras de la oreja izquierda !  
¿ Dónde está mi hija ? ¡ Me la han robado, me la han matado ! ¿ Dónde está mi hija ?

Y desde entonces no dejó de gritar ni de estar furiosa hasta que murió.

Esto aconteció al poco tiempo de haber conocido á su hija Elvira.

Y digo á su hija, porque yo mismo fui con mi hermano el comendador á recogerla de una aldea donde se criaba, y él la reconoció, y como su hija me la entregó.

Indudablemente; antes de conocer á su hija, ó cuando mas en el momento de verla, habia perdido la razon. »

## VIII

— ¿Y qué crees tú de esto? dijo don Diego interrumpiendo su lectura.

— Lo que creo, contestó con la voz opaca, ardiente y trémula doña Elvira, es que te amo, y

si tú me amas, todo lo demás me importa poco.

— ¡Oh! ¡sí! ¡sí! ¡yo te amo! exclamó don Diego devorando con su mirada hambrienta la hermosura de doña Elvira. Te amaba cuando te creía mi hermana, y este amor me aterraba: pensando en tí, combatiendo la pasión que me hacías sentir, iba yo, abandonadas las riendas por la cuesta de San Diego, y este descuido fue la causa de que yo no pudiera impedir á tiempo que el animal mordiese el freno y se desbocase: entonces tu amor me hacía sufrir: ahora me embriaga y me hace feliz.

Y don Diego rodeó con sus brazos el cuello de la jóven y la besó en la boca.

— ¡Tú no amas á nadie! ¡á nadie mas que á mí! exclamó anhelante doña Elvira. ¿Es verdad que tú no amas á otra mujer? Dímelo para que yo no muera de celos.

— Hasta que te he amado no he conocido el amor, contestó don Diego.

— Entonces, ¿qué me importa todo? dijo doña Elvira.

— Serás mi esposa, exclamó don Diego; probaremos que no eres mi hermana.

— ¿Y la memoria de nuestros padres? dijo doña Elvira.

— ¿Qué me importa todo? contestó don Diego en cuyo acento frio se dejaba sentir la impiedad respecto á la memoria de sus mayores.

— No, no: tus hijos serian bastardos. Probemos en buen hora, don Diego, que yo no soy tu hermana para que nuestros amores no escandalicen á nadie... y luego... ¿qué importa?... ¿no soy yo el fruto de la deshonra de mi madre? ¿tengo alguna honra que perder?

— Yo no te amaria si no te amase sobre todo: serás mi esposa, Elvira... lo quiero y lo mando y será.

— Bien, dijo doña Elvira; sea como tú quie-

ras; pero plegue á Dios que no te arrepientas mañana.

Don Diego se levantó, fue á una mesa sobre la cual habia un magnífico crucifijo de marfil, y poniendo su mano sobre él, dijo :

— Juro por la pasión y muerte de nuestro divino Redentor tomarte por esposa en cuanto vinieren de Roma las dispensaciones del papa; y quiero que Dios me castigue si amase á otra ó faltase á mi juramento.

— ¡ Oh, Dios mio ! ¡ Dios mio ! exclamó doña Elvira, ¡ yo voy á morir de felicidad !

Y se arrojó sollozando, enamorada, trasportada, en los brazos de don Diego.

## IX

Despues de algunos instantes se retiró de ellos y dijo :

— Tú padre te llamó para noticiarte la gran novedad que habia acontecido ; pero antes de que tú llegases le sorprendió la muerte, y tan de improviso, que no tuvo tiempo de anular el testamento que ya tenia otorgado y de sustituirle con otro.

El viejo Ruy Gutierrez murió tambien, y de una muerte súbita, algunos dias despues.

El secreto quedaba guardado en la tumba por parte de la familia: en cuanto á los escribanos que le conocian estaban obligados á guardarle.

Yo me propuse revelártelo todo en cuanto llegases.

Pero te ví y me abrasé de amor.

Quise combatir mi pasión, y mi pasión, mas fuerte que yo, me avasalló, creció.

Quise saber lo que eras, porque los hermanos no se recatan de las hermanas.

Quise saber si amabas ó no amabas ; si me podrías amar.

Ví con placer que te habias enamorado de mí, porque ¿qué mujer no conoce que es amada?

Tú creias que ocultabas tu amor.

Pero yo te veia sufrir.

En fin, cuando he tenido celos he hablado : tú me has jurado ser mio y no ser de ninguna otra, y soy feliz.

## X

Los dos jóvenes lo habían olvidado todo, todo menos su amor.

Pero llegó la noche y don Diego recordó que tenía concertado un duelo.

— ¡Ah! exclamó; necesito dejarte para un asunto que no puedo desatender.

— ¿Para un asunto?

— ¡Sí! ¿te has olvidado de que tengo que castigar á un insolente que me estará esperando á la media noche en la falda del cerro de Santa Elena?

Doña Elvira palideció.

— Nada temas, dijo don Diego: ese hombre está dejado de la mano de Dios ó es sobradamente vanidoso cuando se atreve á ponerse delante de mí: le mataré con la misma facilidad con que mataría un conejo.

— ¡ Ah! ¡ no! no ennegrezcas con una muerte el dia de nuestra felicidad, no lo manches con sangre.

— ¡ Válgale tu intercesion, dijo don Diego; le desarmaré, y le haré gracia de la vida.

— Pero si por un acaso te venciera...

— Eso seria tan acaso como si se desplomase el suelo sobre que estamos, ó como si nos viniera un rayo encima: los acasos sobrevienen muy raras veces: lo que acontece siempre es lo que naturalmente debe acontecer. Adios, son las ánimas, necesito buscar á un amigo que me acompañe: no tardaré en volver.

Don Diego mandó ensillar dos caballos, y acom-

pañado de uno de sus escuderos se fue á buscar un amigo que le sirviera de testigo en el duelo que tenia concertado.

## CAPITULO IX

DE COMO EL OMBRE NO SABE NUNCA Á DONDE LE PUEDE LLEVAR  
UNA EVENTUALIDAD



El viento arrastró consigo las vibraciones de la campana de la media noche desde la torre de Santa María de la Alhambra, donde habían resonado, hasta la falda del alto cerro de Santa Elena en el momento en que llegaba á ella Sarabia,

acompañado de un amigo y seguido de un escudero.

En la falda del monte, á la parte de Oriente, hay un estrecho barranco, que parte de una colina deprimida.

Aquel lugar era solitario y medroso, aunque no terrible, porque como no era camino para ninguna parte no podia servir de apostadero á salteadores.

La noche era oscura, hasta la lobreguez, y un tanto fria.

El eco de aquellas soledades repetia de una manera sonora las pisadas de los caballos.



II

— Ya deben estar ahí, dijo don Diego cuando hubo refrenado el caballo al amigo que le acompañaba, y si no están no tardarán en venir, porque nadie que tiene respeto á su honra tarda en estos casos.

— Pues nada se oye, contestó el amigo de Sarabia.

— No tardan aun, don Luís, contestó don Diego : á ver, Suarez, añadió dirigiéndose al escudero, echa pie á tierra, abre la linterna y métete en el barranco á ver si están ahí esos señores.

Pero apenas habia dicho estas palabras don Diego cuando se oyó muy cerca, inmediatamente junto á los tres, una voz vibrante que dijo :

— No echeis pie á tierra que no hay para qué.

— ¡ Ira de Dios ! exclamó don Diego : ¡ qué es esto !

Y al pretender avanzar su caballo notó que estaba sujeto por la brida.

— Esto es que sois preso, señor don Diego Sabria, dijo la voz : y no hagais resistencia porque será inútil.

Al mismo tiempo don Diego se sintió fuertemente cogido y sujeto por mas de un hombre, y de tal manera que no se podia valer.

— ¡ Villanos ! ¡ cobardes ! ¡ ladrones ! exclamó en el colmo del furor don Diego.

El llamado don Luis y Suarez, juraban y renegaban al mismo tiempo.

Se habian sentido sujetos, arrancados de los caballos y que se los llevaban.

A don Diego se lo llevaban tambien.

Muy pronto se perdieron en el silencio y en la

distancia las voces de los tres, y las pisadas de los caballos.

Dominó al fin un profundo silencio en medio del cual se dejaba sentir el leve y largo gemido del viento sobre las cumbres.

### III

Pero este silencio solo duró algunos segundos.

Se oyeron de nuevo pisadas de caballos y las voces alternadas de dos hombres que se acercaban hablando.

Llegaron aquellos dos hombres al lugar á donde habian llegado don Diego y los otros y se detuvieron.

— Pues creíamos que habíamos llegado tarde,

capitan Gonzalvez, dijo una de las dos voces ; y todavía á lo que parece no han llegado ellos.

— Es fácil equivocarse acerca del tiempo que se tarda en llegar cuando hay que hacer el camino por mesetas como las del Albaicin y con tantas vueltas y revueltas ; á ellos les habrá sucedido lo que á nosotros, alférez Crudillo ; que habrán medido mal el tiempo y la distancia.

— No es eso, dijo la misma voz que se habia dejado oír antes : don Diego Sarabia llegó, vino á tiempo, pero antes habíamos llegado nosotros.

— ¿ Qué es esto ? exclamó el alférez Crudillo que era aquel con quien debia reñir don Diego : ¿ qué infamia es esta ?

— Aquí no hay infamia, repitió la misma voz.

Y en aquel punto brilló la luz de una linterna sorda que acababa de abrirse.

## IV

El capitán Gonzalvez y el alférez Crudillo, vieron entonces que estaban rodeados por una veintena de moros montaraces.

De los que no se habían sometido.

De los que se llamaban *monfies*, y que eran terribles, porque los moros montaraces eran, en su mayor parte, bandidos, y *monfies* significa saltador.

Dentro del círculo determinado por estos veinte hombres, había otros dos.

Todos tenían albornoces blancos y las capuchas caladas, de manera que parecían fantasmas.

— Ya, se vale de estas tretas don Diego Sara-

bia, dijo Crudillo con acento despreciativo, para no reñir con aquel á quien teme.

— Dejad en paz á don Diego, dijo el único de los moros que hasta entonces no habia hablado, y que no era otro que Sydi-Juzef-ben-Chalid, que ninguna culpa tiene don Diego de que nosotros hayamos sabido que á las doce de la noche debia venir aquí á un desafio y de ser rico, lo bastante para que nosotros hayamos querido cautivarle para pedir por él buen rescate ; pero como no queremos quitarle tambien la honra, y vosotros seriais capaces de decir que don Diego se habia hecho cautivar de miedo de reñir ; nosotros estamos aquí para mataros á fin de que no podais decir nada : mañana encontrarán vuestros cadáveres, creerán que os han matado don Diego y su padrino, y todo quedará bien.

— ¡ Ah ! dijo Crudillo desmontando, abandonando su caballo y tirando de su espada : como conozco que en esta traicion que se nos ha hecho

no tenemos mas medio que morir matando, empecemos.

— Varguillas, tú con el otro, dijo Juzef viendo que el capitán Gonzalvez habia desmontado tambien y tirado de su espada.

El moro encapuchado que tenia la linterna, se colocó de manera que pudiesen ver por igual los cuatro contendientes.

El combate fue terrible, rápido.

Los dos castellanos tenian sus largas espadas de á caballo, es decir de batalla.

Los dos moros yataganes.

Chispeaban los aceros al chocarse, porque los cuatro era fuertes y diestros.

Pero Juzef era un leon y Varguillas una pantera.

Con la diferencia de algunos segundos el capitán y el alférez cayeron.

Al primero le habia atravesado de parte á parte Varguillas.

Al segundo le habia partido el cráneo, como por un golpe de hacha, con su pesado yatagan Juzef.

Ninguno de los dos se movia.

— Entonces es asunto concluido, dijo Juzef; dejad sueltos los caballos y vamos.

— Pardiez, dijo Varguillas, hacia mucho tiempo que yo no mataba mas que jabalies y venados.

Y se pusieron en marcha, sin tocar á nada de lo que tenian sobre sí los cadáveres, porque no eran ladrones...

Eran hijos y parientes de Sydi-Jaël, de los cuales se habia hecho acompañar Juzef.

## V

Al día siguiente unos leñadores que bajaban de la sierra encontraron primero el uno y luego el otro entre las quebraduras á los dos caballos que, á pesar de los frenos, pastaban de la alta y espesa yerba húmeda y fresca con el rocío de la mañana.

Al salir del barranco vieron los dos cadáveres, y corrieron espantados al Albaicín y dieron parte á la justicia.

Esta acudió, recogió los cadáveres y los caballos y se puso á olfatear para descubrir á los homicidas.

Al día siguiente el Rincon de Vagos estaba formidable.

No se hablaba de otra cosa que del suceso de la noche.

Pero nadie decia que aquel suceso habia sido un duelo, aunque todos lo sabian.

Los viejos soldados hidalgos se protegían los unos á los otros, por aquello de *hoy por mí y mañana por tí*.

Cuando hé aquí que se presentan don Diego Sarabia y su amigo don Luis Rosales, los dos serios y graves.

— ¿Con qué vos tambien habeis metido mano? dijo un capitan de infantería al oido á don Luis.

— Qué quereis señor don Cristóbal, dijo de una manera singular don Luis ; yo no sé estar me quieto cuando el amigo á quien apadrino riñe ; vero adios, que me espera una dama para comer.

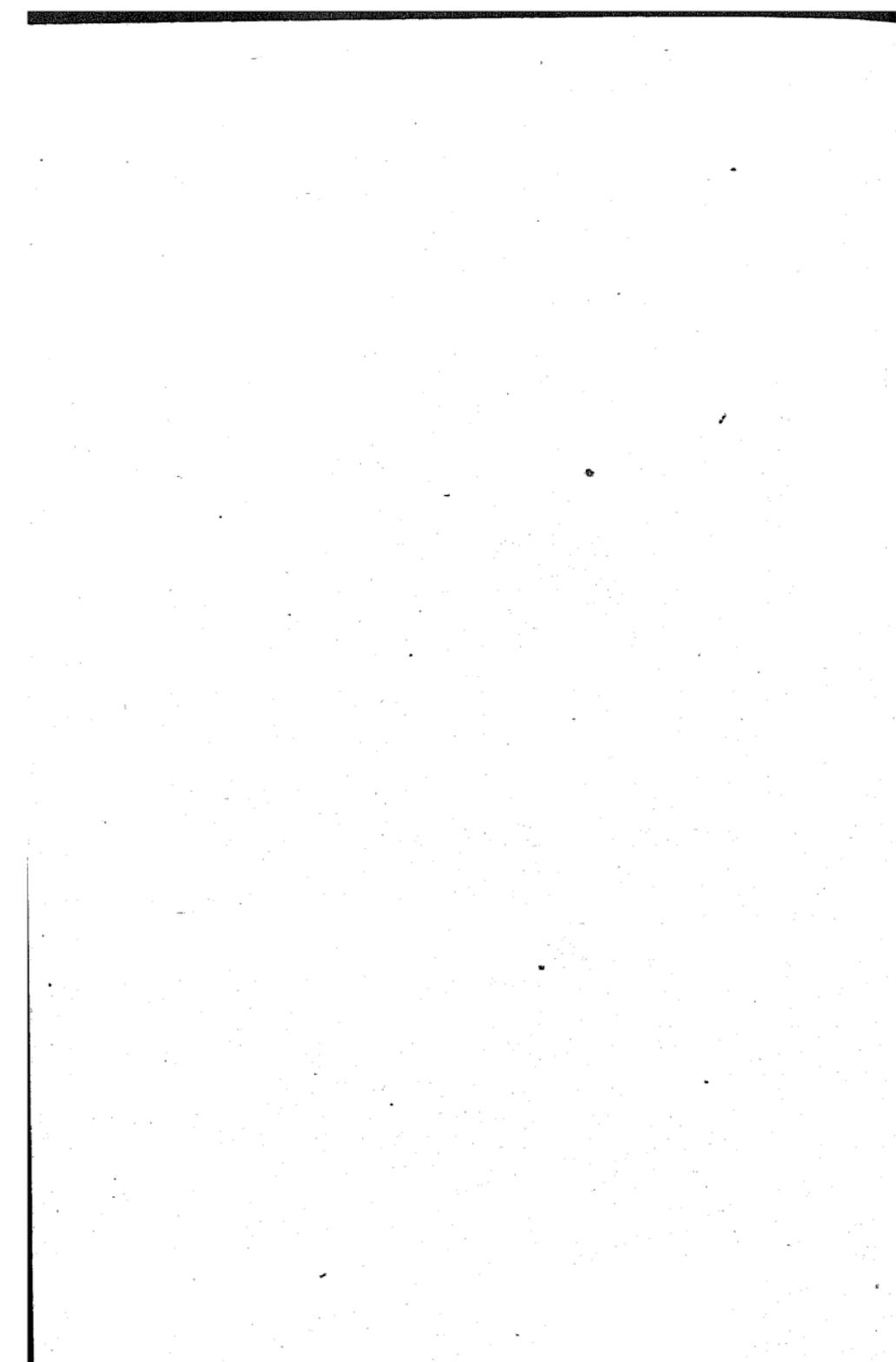
Y se alejó.

Don Diego se alejó tambien con un pretesto poco despues.

— ¡Qué diablos! dijo el alférez lisiado, ya conocemos; muy por lo sério han tomado la cosa, y parece que les pesa de ello, como si hubieran azotado á un Cristo.

— Pardiez, dijo uno : no se mata á un hombre como se mata una pulga : pero silencio que me parece que se nos acercan escuchas.

En efecto, algunos alguaciles disfrazados rondaban por el Rincon de Vagos ansiosos de olfatear algo.



## CAPITULO X

DE COMO DON DIEGO SARABIA SUPO BIEN Á COSTA SUYA, QUE SE  
PUEDE AMAR Á DOS MUJERES Á UN TIEMPO



I

¿Dónde habían estado durante aquella noche don Diego y don Luis?

Vamos á saberlo.

Desarmados é imposibilitados de resistir habían sido conducidos al alcocer de Jaël.

Llegados que fueron, Jaël los recibió en su domicilio.

Es decir, en la vieja torre romana.

Don Diego se entregó á los trasportes de su furor, y llenó de improperios al honrado jeque.

— La violencia que te se ha hecho, cristiano, dijo Jaël, disculpa las acriminaciones que me dices; pero cuando sepas para qué eres venido aquí, no me ultrajarás.

— ¿Y para qué se me ha apartado del lugar á donde me habia llevado mi honor, causando mi deshonor?

— Ya lo sabrás cuando venga una persona que se ha quedado allí guardando tu honor.

— ¡Cómo! ¿quién puede guardar nuestro honor mas que nosotros? dijo don Luis anticipándose á don Diego.

— Quien enmudezca á los que pudieran decir

que vosotros, caballeros, habiais rehuido su peligro.

— ¿Segun eso, dijo don Diego, son amigos nuestros los que se han apoderado de nosotros?

— En vosotros, ó mas bien en tí, Sarabia, consistirá que seamos amigos ó enemigos.

— ¡Vive Dios, que bien quisiera que se me explicara este misterio!

— No tardará en venir el que ha de explicártelo.

Por mas que insistió don Diego, que al ver el giro que habia tomado el negocio se habia calmado, no logró que Jaël le dijera ni una palabra mas.

## II

Al fin sobrevino Juzef.

— ¿Quién de vosotros es, dijo abarcando con una profunda mirada á los dos castellanos, don Diego Sarabia, sobrino del comendador don Pedro Sarabia ?

— Yo, contestó don Diego ; pero ¿ por qué sa-  
cais á cuento el nombre de mi tio ?

— Porque fuimos buenos conocidos desde antes de que se perdiera nuestra hermosa Granada.

— ¡ Ah ! ¿ vos conocísteis á mi tio ?

— Sí : ahora bien ; ¿ quereis hablar á solas conmigo ?

— Sí ; pero un momento. Decidme para que

lo oiga mi amigo: ¿sois vos el que os habeis quedado en nuestro lugar allá abajo?

— Sí.

— ¿Y qué ha sucedido?

— ¡Dejemos en paz á los muertos! dijo tranquilamente Juzef.

— ¡Muertos! ¿pero cómo?

— ¿Cómo habia de ser, siendo el que ha matado á uno de ellos el Kadi-Sydi-Juzef-el-Chalid, sino frente á frente y con peligro?

— ¡Ah! vos sois...

— Sí, yo fui el que maté á tu tio; pero viniéndole en buena lid, dijo con altivez Juzef. Sígueme.

— Os sigo.

## I I I

Juzef llevó á una estancia, á donde se subía por una escalera de madera, á don Diego.

— Vuestro tío, dijo Juzef sentándose en unos sencillos y rudos almohadones, y señalando otro á don Diego en el cual se sentó, era un infame.

— Decís bien, contestó con acento sombrío don Diego : matándole, hicisteis lo mismo que yo hubiera hecho si me hubiera encontrado en vuestro lugar.

— ¡ Cómo ! ¡ sabéis ! ...

— Mi padre me ha contado toda esa historia : me la ha contado despues de muerto.

— ¿ Cómo ? ...

— ¡ Por medio de un escrito que dejó para mí.

— ¿ Y os lo ha contado todo ?

— Todo.

— ¿ Entonces sabéis ?...

— Sé que doña Elvira no es mi hermana, sino mi prima.

— ¿ Y sabéis quién es la madre de esa vuestra prima ?

— Sí; vuestra hija Zobeyka.

— ¡ No !

— ¡ Cómo ! ¿ No será cierto lo que Zobeika dijo antes de morir ?

— ¡ Mi hija ha muerto ! exclamó Juzef levantándose violentamente.

— ¡ Si ! ¡ murió loca !

— ¡ Loca !

— Mi padre la había devuelto su hija, pero ella no la reconocía.

— ¡Ah! ¡si no era su hija doña Elvira! exclamó transido de dolor Juzef dejándose caer de nuevo desplomado sobre los almohadones: ¡si la hija de mi hija, mi nieta, es María de la Maravilla.

— ¡La gitana! exclamó asombrado don Diego.

— Sí, la que hasta ahora ha creído todo el mundo hija de un gitano.

— ¿Tiene Maravilla un pequeño lunar rojo en el cuello junto á la oreja izquierda?

— No lo sé; pero sé que María de la Maravilla es mi nieta, exclamó hablando aun aturdido Juzef agobiado bajo el golpe de la noticia de la muerte de su hija.

— ¡Ah! ¡quiero verla! ¡quiero verla al momento! dijo don Diego. ¿Dónde está?

— ¡Dejadme! ¡dejadme! ¡me habeis herido en el corazon! ¡me habeis matado!

Y un torrente de lágrimas salió por los poco antes fieros ojos de Juzef.

Don Diego respetó, aunque no sin impaciencia, aquel dolor.

Al fin Juzef, conteniendo su llanto, dijo :

— He perdido mi última esperanza. ¡Muerta !  
¡ Yo que solo anhelaba que Dios, compadecido de mí, me la dejase ver un momento antes de morir ! ¡ Muerta ! ¡ Oh y cuántas desgracias ha traído sobre mí el crimen de vuestro malvado tío !...  
¡ Debía ser joven aun ! ¡ debía aun ser hermosa !  
¿ la habeis visto vos ? ¡ habladme de ella ! ¡ decidme !...

— Cuando yo llegué á Granada ya habia muerto vuestra hija, ya habia muerto mi padre.

— ¡ Cúmplase la voluntad de Dios !

— ¡ Pero Maravilla ! ¡ mi prima !

— Vuestra prima Maravilla, don Diego, acaba

de salir de una enfermedad que ha sufrido por vos.

— ¡ Por mí !

— Sí, por vos... la debeis la vida.

— ¡ La vida !

— Sí, oid.

Y Juzef refirió á don Diego todo lo que por él habia hecho Maravilla.

— ¿ Y sabeis, añadió Juzef, cuál es el premio que la desgraciada ha recibido por su caridad por vos ?

— Sí ; sé que la acusan de hechicería, de pacto con el diablo y de doble asesinato.

— Es necesario salvarla, dijo Juzef, y para eso solo, para hablaros en lugar seguro para mí, porque yo á causa de la muerte de vuestro tio no puedo entrar en Granada, he aprovechado la casualidad de saber que acudiriais á un desafio al cerro de Santa Elena para apoderarme de vos.

— Os doy las gracias por lo que habeis hecho: yo ignoraba... Será necesario que yo pida escusas por mis injurias al honrado jeque de esta aldea.

— Eso no importa ahora, dijo con impaciencia Juzef; Sydi-Jaël os ha perdonado ya. Lo que importa es mi nieta; vos sois poderoso, rico, gran señor; ¡ salvad á mi nieta!

— ¡ Oh! ¡ haré por ella lo que haria por mi alma! ¡ pero quiero conocerla!

— Dejémosla reposar; está enferma aun; y luego, ¿ qué la diriamos para responder á su extrañeza natural si se la despertara para hacerla conocer de un caballero castellano? Mañana al salir el sol...

— ¡ Mañana! exclamó don Diego pensando en la terrible noche que debia pasar doña Elvira: y bien, sí, mañana, añadió sintiéndose tan escitado por el deseo de conocer á Maravilla como por la

angustia que debía sufrir doña Elvira suponiéndole muerto al ver su tardanza.

## IV

Durante algun tiempo continuaron hablando Juzef y don Diego.

Al fin se recogieron en compañía de don Luis en un aposento que se les habia preparado mientras hablaban.

Ninguno de los tres dormia.

Juzef por su dolor, don Diego por su escitacion, don Luis porque no sabiendo nada estaba receloso y atento entre aquella gente bravía.

Cuando la luz del alba penetró por las rendijas de una ventana los tres se levantaron, y como

no se habian desnudado estuvieron prontos para salir de la habitacion.

## V

Nadie se habia levantado aun.

— ¡ Mejor ! exclamó Juzef notándolo ; así no tendremos que pedir guardar secreto á las mujeres.

Y entró en el aposento de Jaël y le despertó.

Muy pronto don Diego y don Luis y sus caballos estuvieron fuera del cercado del alcocer.

— Descended, dijo Juzef, y esperad al pie del monte ocultos en la espesura : cuando sea oportuno yo iré á buscaros.

— ¡ Misterios y mas misterios ! murmuró don

Luis que estaba de muy mal humor montando á caballo.

Pero ni cuando se quedaron solos, ni cuando estuvieron ocultos entre la espesura preguntó nada á don Diego, por aquello de que un hombre bien nacido no debe preguntar acerca de secretos que no le importan y que no se le revelan.

## V I

Poco despues de la salida del sol volvió Juzef.

— Ya podeis subir, dijo á don Diego ; cuando llegueis pedid hospitalidad y alimento, pretesando que ayer ya tarde os perdisteis en la montaña y que toda la noche habeis andado perdidos.

Juzef se fue.

A poco nuestros dos jóvenes emprendieron el acceso, y al cabo de un cuarto de hora llegaron á la cumbre y á uno de los costados del muro.

Dentro habia una gran animacion.

Los habitantes del alcocer iban y venian ocupados en sus tareas.

Los del alcocer nada sabian de los acontecimientos de la noche anterior.

Los hombres de que se habia valido Juzef para su aventura, á escepcion de Varguillas de cuya lealtad no podia dudar, eran verdaderos monfies, esto es, moros libres, bandidos esparcidos por la montaña, muchos de los cuales habian sido en otro tiempo esclavos de Juzef, y aunque nada tenia que ver con ellos, se habia valido de ellos en aquella ocasion.

## VII

Algunos jóvenes se acercaron, no de muy buen talante, al ver que los que llegaban eran dos castellanos.

— ¿Qué buskais? dijo uno de ellos no muy comedidamente.

— Nos hemos estraviado en la montaña, dijo don Diego, y os pedimos hospitalidad por algun tiempo para descansar y despues un guia que nos saque de estas asperezas y nos ponga en camino cierto de Granada.

Uno de los jóvenes fue á trasmitir la peticion á Jaël.

Este, que estaba en el secreto, vino en persona y acogió benévolamente á los dos caballeros.

Estos entraron á poco en el domicilio de Jaël.

Allí, sentado sobre una estera de palma, estaba Juzef indiferente al parecer.

— A buena hora llegais, caballeros, dijo Jaël, porque no tendreis que esperar á que se os haga de comer; nosotros vamos á almorzar en el momento y nos acompañareis.

— Con mucho placer nuestro y agradeciéndoslo infinito, contestó don Diego, porque llevamos bastantes horas de estravio y tenemos hambre y sed.

— Pues todo lo que hay en mi casa, dijo Jaël es de los caminantes y de los estraviados.

Y mandó llevar los caballos á la caballeriza.

Despues introdujo á sus huéspedes en el interior de su habitacion.

En un grande espacio que correspondia á un ángulo del torreón y que recibia la luz de dos grandes ventanas, en las cuales se habian labrado arcos árabes de estuco.

En el centro del pavimento habia una estera de palma y sobre la estera una mesa pequeña, redonda, muy baja, y sobre la mesa una gran fuente de loza ordinaria pero bella, llena de un humeante guiso de gallinas cocidas con arroz que acababa de poner allí uno de los criados de la familia.

La estera servia de mantel y de asiento á un tiempo.

Sobre ella y alrededor de la mesita habia sentadas sobre sus piernas cuatro mujeres jóvenes.

Pero una de ellas, que era la mas hermosa, parecia estar de una manera violenta, como en una posicion no acostumbrada.

Tenia un traje ostentoso y ricas joyas y era blanca como el nacar y rubia como el oro.

Estaba apenada, triste, pálida.

En una palabra, era Maravilla.

## VIII

En ella se fijó la ansiosa mirada de don Diego, y la reconoció sin haberla visto nunca.

No podía ser otra.

Las restantes estaban tranquilas y rientes.

Maravilla levantó la cabeza al sentir los pasos de los que acababan de entrar y exhaló un ligero grito.

Había reconocido á don Diego.

Y eso que solo le habia visto un corto espacio de tiempo y envuelto con ella en una penumbra.

Pero no le habia olvidado.

Don Diego se habia hecho su pensamiento fijo.

## IX

El jóven adelantó, se sentó junto á ella y la saludó.

Al sentarse, como no dejase de mirarla con fijeza, reparó que en la parte superior de su garganta, casi detrás de la oreja izquierda, tenia un pequeño lunar rojo que se destacaba sobre la blancura nítida, trasparente de su piel.

— ¡Ah! ¡es ella! exclamó sin poderse contener.

— ¿Y quién es ella, caballero? dijo Maravilla: ¿por qué al mirarme habeis dicho, es ella? ¿me conoceis?

Y al pronunciar estas palabras la palidez de Maravilla habia crecido.

— No, no os he visto hasta ahora, señora mía, dijo don Diego turbado por la primera vez de su vida delante de una mujer.

Maravilla bajó los ojos no pudiendo contener la ardiente, la inmensa, la infinita mirada de don Diego.

## X

El diálogo se cortó.

Las palabras « ¡ ella es ! » de don Diego quedaron sin explicación.

Las mujeres de la familia habían oído y visto aquello, y continuaban viendo la confusión de ambos jóvenes con extrañeza.

Jaël y Juzef habian hecho como si no hubieran reparado en nada.

Don Luis se fastidiaba soberanamente.

Le parecia Maravilla un prodigio, y habia comprendido que estaba enamorada de don Diego.

A Juzef por su parte se le habia llenado el alma de una infinita alegría.

— ¡ Oh ! dijo : al ver á mi nieta se ha vuelto loco, es poderoso y la salvará.

## XI

El almuerzo fue silencioso.

La mayor parte de nuestros personajes apenas comieron.

Todos estaban impresionados.

Al terminarse el almuerzo, como las mujeres de la familia se levantasen para quitar la mesa y los dos viejos estuviesen metidos en conversacion, y distraido don Luis, don Diego pudo decir rápidamente al oido de Maravilla, y en voz muy baja, pero que sin embargo se pudo percibir perfectamente, porque hay situaciones en las cuales se oye con el alma.

— ¿Podreis estar esta tarde antes de la caida del sol al pie del monte?

— ¡Estaré! dijo sin vacilar Maravilla.

Aquel detalle pasó inadvertido para todos menos para Juzef.

## XII

— Yo os doy las gracias, dijo levantándose don Diego á Jaël, del buen acogimiento que nos habeis hecho en vuestra casa.

— Indudablemente, dijo don Luis, habeis estado grandemente hospitalario con nosotros.

— Dios nos manda dar de comer y de beber y lecho donde dormir al viajero que llega cansado á nuestra puerta, contestó Jaël : nada he hecho, pues, mas que obedecer los preceptos de Dios.

— Lo que no impide que Don Diego Sarabia os esté íntimamente agradecido.

— Y de la misma manera Don Luis de Rosales.

Despues despidiéndose de Maravilla, de las otras mujeres de la familia y de Jaël y Juzef, salieron.

Jaël mandó sacar los caballos.

— Nuestro agradecimiento crecerá, si es posible, dijo don Diego, si nos proporcionárais un guia para salir del laberinto de la montaña y llegar por el camino mas corto á Granada.

— A eso me ofrezco yo, dijo Juzef.

— Pues en marcha, amigo mio, en marcha, dijo don Diego.

Y despidiéndose otra vez, partieron

## XIII

Al llegar á una altura desde la cual se veía un camino real que serpeaba por la montaña, Juzef, que con don Diego iba algo delante de don Luis, dijo :

— Yo no puedo pasar de aquí : allí teneis el camino de Granada ; aquella pequeña torre que se vé allá, sobre los árboles, al otro lado del camino, frente á nosotros, es la de la mezquita del pequeño lugar de El-Farque.

— ¿Podré esperar que esteis aquí esta tarde dos horas antes de la puesta del sol? dijo apresuradamente don Diego porque sentia acercarse á don Luis.

—Estaré, contestó Juzef.

—Pues adios, amigo mio, dijo en voz alta don Diego.

—Id con Dios, caballeros, contestó Juzef.

Y se volvió y á poco se perdió en la oscuridad.

#### XIV

Los dos amigos empezaron á descender por la pendiente hácia el valle, por el cual cruzaba el camino.

—La aventura ha sido para vos, exclamó don Luis.

—¿Qué aventura? contestó secamente don Diego.

Don Luis no insistió.

Pero murmuró para sí:

— ¡Es ella! La hermosísima Maravilla: y se aman! ¡oh! ¡y yo que estoy desde hace tanto tiempo loco por ella! ¡disimulemos! ¡oh, sí! ¡disimulemos!

Y empezando una conversacion indiferente, siguió trotando al lado de su amigo.

## CAPITULO XI

DE COMO DE NADA SIRVEN LOS MISTERIOS NI LAS PRECAUCIONES  
CUANDO SE TIENEN ENEMIGOS SOLAPADOS



I

Pasaron algunos meses.

Llegó el de Setiembre.

El viento, precursor del invierno, empezaba á despojar á los árboles de sus hojas secas.

Los dias eran ya muy cortos.

Y esta cortedad de los dias desesperaba á doña Elvira.

¿Por qué?

Vamos á decirlo.

Porque en el momento en que empezaba á cerrar la noche, don Diego se separaba de ella y no volvia sino allá por la madrugada.

El amor de doña Elvira hácia su primo, habia llegado hasta el delirio.

La impaciencia de doña Elvira por llamar á don Diego su esposo se le hacia insoportable.

Continuaban apareciendo como hermanos.

Pero se empezaba á murmurar acerca de la intimidad exagerada de aquellos dos hermanos que tenian la apariencia mas terrible de amantes.

## II

Doña Elvira no dejaba reposar ni un momento á don Diego con la pretension, á cada instante mas exigente, de que diera á conocer su verdadero parentesco.

Don Diego se escusaba con el escándalo que aquello debia causar.

— Nos iremos á una aldea donde nadie nos conozca, y allí seremos felices.

— No me gusta la vida de las aldeas, decia don Diego.

— Es que no me amas : para el que ama como te amo yo, la persona á quien ama es el mundo entero.

— Esperemos, esperemos, decía don Diego ; ninguna necesidad tenemos de casarnos.

Y doña Elvira esperaba, porque la dominaba don Diego.

### III

¿Qué había sido de Maravilla?

Se habían visto muchas veces amparados por Juzef que servía de guía á don Diego.

Maravilla había sabido toda la historia de su origen, que don Diego era su primo, y entre los dos jóvenes existía un amor inmenso.

Esto no quitaba el que don Diego se mostrase con doña Elvira ciegamente enamorado.

¡Ya se ve! ¡era tan hermosa doña Elvira! ¡tan libertino don Diego!

Pero á quien amaba con el único amor que habia sentido, con el amor de toda su vida, era á Maravilla.

Si le hubiesen obligado á optar entre una de las dos, indudablemente hubiera optado por Maravilla, abandonando á doña Elvira, aunque hubiera sabido que la jóven habria de morir por su abandono.

Ninguna de las dos sabia que existia la otra.

Doña Elvira, es cierto, habia sabido en los principios que una hermosísima gitana, una hechicera, una bruja, habia precipitado á don Diego por un tajo para devorarle, señal clara de que don Diego le habia parecido un deliciosísimo manjar.

Pero la justicia y la Inquisicion habian buscado por todas partes á la hechicera y no habian sabido de ella, ni si era viva, ni si era muerta.

Sin duda el diablo, en un arrebató de celos, se la habia llevado.

Doña Elvira estaba tranquila.

La justicia y la Inquisición se habían cansado de buscar y habían abandonado el proceso: Maravilla estaba á salvo.

Porque cuando la justicia olvida á un delincuente, no se vuelve á acordar de él, á no ser que se le recuerden.

Y nadie tenía interés en recordar á Maravilla.

Había sido gota de agua que había caído en la mar.

Ni aun en el alcocer de Jaël sabían qué había sido de ella.

Un día, poco tiempo después de la ida de don Diego al alcocer, había desaparecido.

Jaël preguntó por ella á Juzef.

— Se la ha llevado su primo, contestó este.

— ¿Con tu consentimiento?

— Sí.

— ¿Y él la ama?

— Si pasando el tiempo se logra tener una prueba de que ella es inocente, entonces don Diego la dará á conocer como parienta suya, lo probará y se casará con ella.

— ¡Dios quiera hacerlos felices! dijo Jaël.

Y ni preguntó á Juzef donde habia llevado don Diego á su prima, ni Juzef se lo dijo.

El retiro de Maravilla era un misterio: para descubrirlo hubiera sido necesario seguir á don Diego, y esto hubiera sido muy peligroso, porque de aperebirse don Diego, hubiera vuelto espada en mano contra quien le hubiera seguido.

Pero á nadie se le habia ocurrido seguirle hasta entonces, ni aun á doña Elvira, á pesar de que don Diego pasaba muchas horas de la noche fuera de su casa.

¿Pero qué tenia esto de estraño en un jóven acostumbrado á la vida alegre, al juego y á los trasnoches?

La soberbia de doña Elvira, por otra parte, no se curaba de celos ; porque, ¿á quién habia de amar su primo que fuese mas hermosa que ella ni que le amase mas ?

En fin, todo iba bien, ó por mejor decir muy mal, pero en paz.

#### IV

Un incidente inesperado vino á turbar esta felicidad que envolvía unos amores ignorados de todos, funestos, inmorales en una palabra : don Diego estaba contento, era dichoso.

De una parte le embriagaba el purísimo, el poético amor de Maravilla ; de otra le abrasaba el corazón el amor candente y la candente hermosura de doña Elvira, de aquella gitana mesti-

za, cuya sangre era de fuego y cuyas pasiones tenían la violencia de una tempestad.

El incidente á que nos referimos se habia venido preparando desde hacia mucho tiempo.

Aquel incidente debia producirlo don Luis de Rosales, el grande amigo de don Diego.

Don Luis no habia podido ver sin conmovirse la grande hermosura de doña Elvira, y habia hecho sus *calas* y *catas*, por decirlo así, para probar si podia alentar la esperanza de que un dia doña Elvira fuese su esposa, esperanza que desvaneci6 bien pronto la manera con que recibia los experimentos de don Luis doña Elvira, que no pudo mostrarse con él mas impía, ni mas adusta, ni aun si se quiere mas grosera.

Don Luis, desengañado, renunci6 á aquella felicidad que no era para él; pero no sin un gran dolor del corazon, dolor que no se curó sino para que don Luis sintiera otro mas terrible: el de enamoramiento por Maravilla, cuya hermosura,

cuyo espíritu, cuya magia, en fin, le enloquecieron.

Don Luis que hasta entonces habia sido un grande amigo de don Diego le aborreció, pero disimuló su ódio, aunque con el proyecto de satisfacerle con una horrible venganza, que debia herir al par su corazon, porque aquella venganza consistia en entregar á la justicia á Maravilla; venganza infame; pero ¿qué venganza no lo es, y tanto mas cuando la inspiran los celos?

Don Luis se fue al reverendo Torquemada, y en confesion le denunció el lugar donde se encontraba Maravilla, pero sin nombrar para nada á don Diego, porque si le hubiera nombrado, si hubiera dicho que don Diego sabia tambien el lugar donde la jóven se ocultaba, don Diego hubiera sido interrogado, y esto hubiera sido la revelacion de la denuncia de don Luis.

Sabe Dios lo que en aquel caso hubiera acontecido, porque don Diego era un hombre terrible

al que todos tenían miedo, incluso don Luis que estaba muy lejos de ser cobarde.

Pero un leon espanta á los mas valientes, y si don Diego no era un leon, tenia al menos la fama de serlo, y por aquello de : *cria buena fama y échate á dormir*, don Diego campaba por su respeto, siendo de todos respetado, mas aun, temido.

Don Luis, para no comprometer á don Diego, ni comprometerse comprometiéndolo, dijo que perdido en la sierra, habiendo llegado á una villa situada en un monte, villa que era de moros, habia encontrado en ella á Maravilla, á quien conocia, por haber ido muchas veces al barrio de los gitanos de la puerta de Faxalauza.

Pero don Luis no pudo decir ni el nombre del alcocer, ni señalarlo mas que de una manera general, ni sabia el camino, ni otra cosa mas sino que el pueblo estaba en alto y murado y con un viejo castillo, en la sierra de Guadix.

Pero en esta sierra habia muchos pueblos de moros en alto, murados, con castillo viejo y habitados por moros ; y como don Luis no sabia que el alcocer de Jaël no tenia nombre conocido, se buscó por las villas que lo tenian y nada se logró mas que inquietar á los vecinos al ser visitados por la justicia casa por casa.

## V

El inquisidor volvió á llamar á don Luis y á pedirle nuevas señas del lugar donde habia visto á Maravilla ; pero don Luis no pudo dar mas señas que las que habia ya dado, ni se atrevia á decir que don Diego podia procurar á la Inquisicion y á la justicia mejores señales.

Volvió á caer otra vez en el olvido el asunto de

Maravilla ; pero no cayó de la misma manera en el olvido la jóven respecto á don Luis, que cada dia la recordaba con mas fuerza y con mas amor y con mas celos ; porque indudablemente para él, don Diego gozaba el amor de Maravilla.

Pero lo que desorientaba á don Luis era ver que don Diego no salia de Granada como en los primeros dias despues de haber conocido á Maravilla.

Sin duda la jóven había pasado á otra comarca, á otro de los reinos de España para estar mas al abrigo de la justicia : sin duda don Diego no se movia de Granada por miedo de ser seguido : tal vez esperaba que pasado el tiempo sobreviniese el olvido de Maravilla por la justicia.

## VI

Pasaron así algunos meses : llegó el otoño : el Rincon de Vagos está próximo á quedar abandonado en cuanto llegue la noche á causa del frio y de las frecuentes lluvias de Granada y de la oscuridad, porque durante el invierno no estaban allí las vendedoras de agua fria de la fuente del Avellano y anises de sus monjas, que durante el verano alumbraban aquel lugar con sus luces.

En una, pues, de las últimas noches del verano y primeras del otoño don Luis oyó en el Rincon de Vagos una conversacion, ó mejor dicho, una murmuracion acerca de don Diego, que fue para él un rayo de luz.

Decian los ociosos que á don Diego Sarabia no

se le veía en ninguna parte de noche, ni aun de día, porque el día lo pasaba en su casa y la noche no se sabía dónde.

Acerca de esto se comentaba y se decían cosas muy ridículas, como esta de que don Diego estaba acostumbrándose á la soledad y á la vida contemplativa, con el intento sin duda de meterse cartujo y espiar con una vida ascética de oracion y de penitencia los muchos pecados con que habia escandalizado al mundo.

Se suponía, en fin, que un amor misterioso era la causa de la soledad, del retiro, del aislamiento de don Diego.

Don Luis no echó aquella conversacion en saco roto, y se propuso averiguar por sí mismo, pero de una manera prudente, si el murmurador habia acertado en su suposicion.

Se habian aventurado tambien suposiciones horribles: se habia dicho que, si don Diego andaba tan retraido, era porque se abrasaba en

unos amores ofensivos á Dios y á las buenas costumbres, en fin, en unos amores del infierno, en unos amores monstruosos.

Don Luís no echó tampoco en saco roto esta última suposicion, y se consagró á observar á don Diego, de quien continuaba apareciendo amigo, y amigo fiel, aunque un tanto alejado.

## VII

Un dia don Diego, vistiéndose sus mas ricas galas, se fue á casa de su antiguo amigo, y no dejó de manifestarle su estrañeza por el mucho tiempo que hacia que no le habia visto. Disculpóse don Luis pretestando que si se habia alejado dejando de ir por grandes intérvalos á casa de

don Diego, era porque no habia podido defenderse de amar á su hermana, y porque creia que esta no habia de prestarse propicia á ser su esposa.

Palideció mortalmente don Diego al oir estas palabras, dando con esta palidez y con su turbacion indicios bastantes de que era cierto lo de los amores monstruosos que la murmuracion suponía; pero proponiéndose averiguar mas, acabó por pedir formalmente por esposa á don Diego la que todo el mundo creia su hermana, á lo que don Diego contestó poniéndose lívido, pero conteniéndose, que agradecia mucho á don Luis la buena amistad que le mostraba queriendo convertir aquella amistad en fraternidad; pero que tenia el sentimiento de no poder concederle lo que deseaba, porque sabia que su hermana estaba resuelta á no casarse nunca.

Don Luis no tuvo ya duda de que don Diego era un maldito poseido por el demonio, que se

atrevia á Dios y provocaba su ira con unos horribles amores incestuosos.

Pero si esto era cierto como lo creia don Luis, habia que suponer que don Diego no amaba á Maravilla.

Sin embargo, un hombre tal podia ser capaz de todo; y don Luis se propuso averiguar si en efecto don Diego amaba á Maravilla, si podia verla, si era ella el objeto de los amores misteriosos de don Diego de que se murmuraba en el Rincon de Vagos.

## VIII

Tres dias despues de haberse propuesto don Luis averiguar lo que hubiera de positivo en la

segunda murmuracion, doña Elvira recibió la carta anónima siguiente :

« Hermosa señora : Vuestro adorado hermano os engaña : vos creereis que por haber entregado el alma al diablo amándoos, os ama de tal manera que no puede amar á otra : os engañais : don Diego ama con toda su alma, mas que á vos y mas que á todo, á Maravilla la gitana, la hechicera : si quereis verle perdido en sus amores, id esta noche á las ánimas á la casa del Duende, junto á la parroquia de San Luis en el Albaicin. Siendo tan rica como sois podeis procuraros medios para entrar. — Una persona que os estima y que se duele que se os engañe. »

Renunciamos á describir el doble efecto que esta infame carta causó en doña Elvira : veia de una parte que habia quien conocia sus amores con don Diegò, y por otra que don Diego la engañaba.

El furor de doña Elvira no conoció límites y se

volvió en primer lugar á la persona ignorada que de aquella manera la habia desgarrado el corazon, y necesitaba saber quién fuese aquella persona; la carta se la habia dado una mendiga diciéndola que era un memorial, que de otra manera no hubiera recibido de nadie ningun escrito doña Elvira, y cuando al leerla vió lo que contenia y buscó á quien se la habia dado, la mendiga habia desaparecido.

Preguntó á los otros mendigos de la puerta de la iglesia donde el escrito se le habia entregado, si conocian á aquella mendiga, y la contestaron que no la habian visto; y bien podia creérseles, porque todos aquellos mendigos eran ciegos.

Doña Elvira entró sin embargo en la iglesia y oyó misa, y procuró dominarse para que nada notara en ella don Diego cuando volviese á su casa, pero proponiéndose ir aquella noche á la casa del Duende próxima á San Luis y penetrar en ella como pudiera.

## IX

Por su parte el inquisidor mayor Torquemada recibió esta otra no menos infame carta :

« Reverendísimo padre: Esta noche á las ánimas puede vuestra reverencia encontrar muy enamorados á una hechicera acusada de asesinato y maleficios y á su amante, en la casa del Duende de la parroquia de San Luis en el Albaicin. — Un cristiano que ama el castigo de los protervos enemigos de Dios.

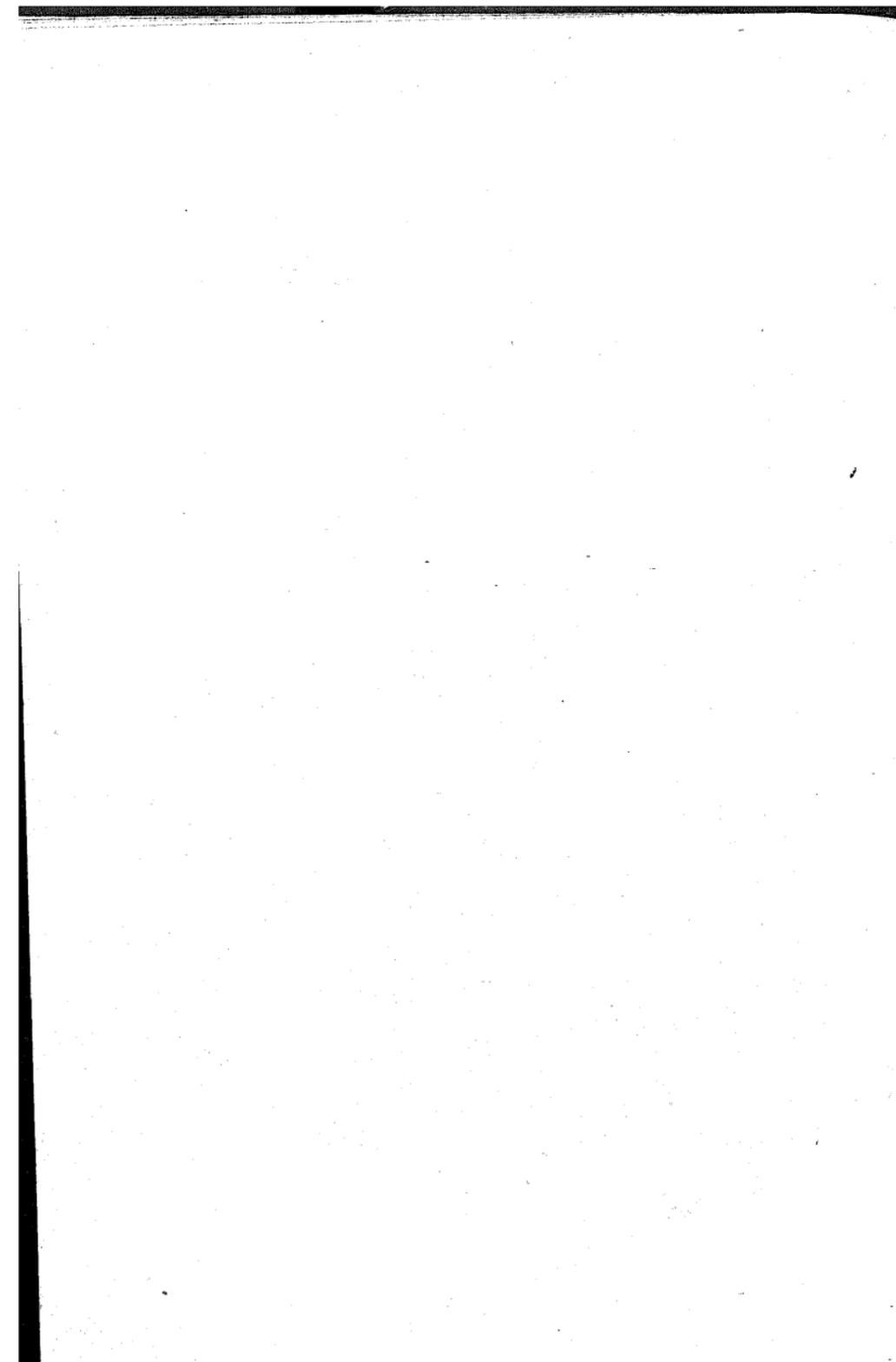
» *Post-scriptum* : Ella se llama Maravilla ; él don Diego Sarabia. »

El inquisidor general, al leer esta carta, dió

un resoplido de alegría, mandó llamar á sus familiares y lo preparó todo para el procedimiento de aquella noche.

## CAPITULO XII

DE COMO SE PUEDE HACER CAER Á LAS GENTES APASIONADAS  
EN TERRIBLES RATONERAS



## I

Habia en efecto en el Albaicin, junto á la parroquia de San Luis, que era una antigua mezquita, un viejo y magnífico caseron árabe, abandonado y en gran parte ruinoso, que ya desde el tiempo de los moros tenia fama de estar habitado

por esos pequeños demonios domésticos que se llaman duendes.

¿Dónde podía ocultarse mejor á una criatura tan asiduamente perseguida como Maravilla sino en una casa protegida por el terror?

Pero era necesario amueblar en alguna manera aquella casa para que la jóven pudiera habitarla.

Don Diego, valiéndose de gente de confianza, tales como monfies de la montaña buscados por Juzef, metió en la casa de noche los muebles necesarios, con el mismo cuidado que hubiera tenido un ladron para robar.

Una vez habitable un departamento de aquella casa, Maravilla, vestida de hombre, admirablemente disfrazada, fue trasladada á ella.

Dos bravos monfies y la esposa de uno de ellos quedaron á su servicio.

La calle de la Cruz Blanca, que este nombre

se habia puesto á la en que estaba situada la casa maldita, era estrecha, tortuosa, solitaria: para entrar en ella por la una parte habia que pasar por junto al cementerio de la iglesia de San Luis; por la otra parte por una sombría capilla, por una especie de Morga donde se esponian los muertos violentamente que la justicia encontraba en la calle, y á quien no se conocia, para que se les reconociese.

Por la triple razon del cementerio, del lugar de esposicion de cadáveres de asesinados y por los duendes de la casa maldita, las otras cuatro ó seis casas de la calle de la Cruz Blanca estaban deshabitadas, y nadie se atrevia á pasar por aquella terrible calleja ni aun de dia.

Durante la noche, un farolito delante de un medroso y negro Ecce-Homo esclarecia escasamente un recodo de esta calle.

## II

Maravilla, sin embargo, vivía allí bien: los dos monfies y la monfi la servían y la guardaban: la casa tenía un hermosísimo huerto con árboles y flores y agua corriente que no podía ser observado, porque ninguna casa ni torre le dominaba, y todas las noches, desde el oscurecer hasta una hora muy avanzada, veía al adorado de su alma.

## III

Nada tan puro ni tan deliciosamente embriagador para ellos como sus amores : el alma de Maravilla [era poética, levantada á aspiraciones ideales, y don Diego por su parte se sentia satisfecho con aquellos amores, que eran inmensos en medio de su pureza.

Para los dos la vida era un paraiso.

El misterio que envolvía sus amores los hacia mas queridos, mas voluptuosos, pero con una voluptuosidad toda sueño, toda ilusion, toda mágia.

Nada habia que temer por otra parte, á lo que creia don Diego ; el temor de lo sobrenatural, de

lo espantoso, ya lo hemos dicho, defendía aquella casa mejor que la hubiera podido defender un ejército invencible.

La justicia ordinaria, la justicia del Rey, no debía atreverse á entrar allí.

Pero no habia pensado don Diego en que habia entonces sobre la tierra una justicia especial, una justicia de Dios, el Tribunal del Santo Oficio de la general Inquisicion, que en vez de temer á los demonios los buscaba ansiosa para conjurarlos, á los endemoniados para curarlos y á los que tenian hecho pacto con Satanás para quemarlos.

A esta justicia la bastaban por armas una cruz, un hisopo y una calderilla de agua bendita.

Armada de este modo podia meterse sin temor en el infierno, y si no se metió nunca fue porque no logró averiguar donde estaba la puerta.

El diablo es un mal sugeto, y no se deja sorprender fácilmente.

EL ALJIBE DE LA GITANA.



La justicia ordinaria no debía tener inconveniente en meterse en el recinto maldito, llevando á vanguardia al Santo Oficio.

Don Diego no habia contado tampoco con la rabia y la villanía de los celos.

Don Luis habia sido para con él perfectamente hipócrita.

IV

Una de las primeras noches del mes de Setiembre llegó, algun tiempo antes en que sonase el toque de la oracion de las ánimas, á la capilla de exposicion de cadáveres una silla de manos conducida por dos lacayos y escoltada por cuatro hombres embozados.

En un ángulo de la capilla habia otro hombre embozado, esperando al parecer.

Cuando llegó á este hombre la silla de manos se detuvo, se abrió la portezuela y salió una dama estremadamente gentil y completamente envuelta en un manto.

Todo esto se veia á la luz menguada del farolillo del Ecce-Homo que ardia á poca distancia.

En cuanto al interior de la capilla de los muertos, estaba completamente oscuro, por lo que no podia juzgarse de si tenia huéspedes ó no.

Uno de los hombres que escoltaban á la dama habló algunas palabras con el hombre que esperaba.

Despues estos dos hombres hablaron con la dama, y poco despues esta, guiada por ellos, dió un rodeo y llegó al pie de una tapia de mediana altura.

Uno de los hombres arrojó una escala á lo alto

de la tapia, la afianzó y luego trepó por ella ayudando á subir á la dama, que poco despues estaba con el hombre entre los frondosos árboles de un huerto.

Aquel hombre tomó de la mano á la dama y la guió, llevándola á una galería, por uno de cuyos extremos la introdujo hasta la puerta de una cámara, dentro de la cual se veía el reflejo de una luz.

La casa, pues, habia sido en parte reconocida sin que lo sintieran los moradores y sin mas espacio que el que habia mediado desde el oscurecer.

Milagros del oro, y del ingenio, y del valor de los aventureros de aquel tiempo que pululaban por todas partes.

La dama, á la primera mirada que arrojó al interior, tembló de los pies á la cabeza y exhaló un sordo gemido, que parecia haber salido del fondo de un corazon desgarrado.

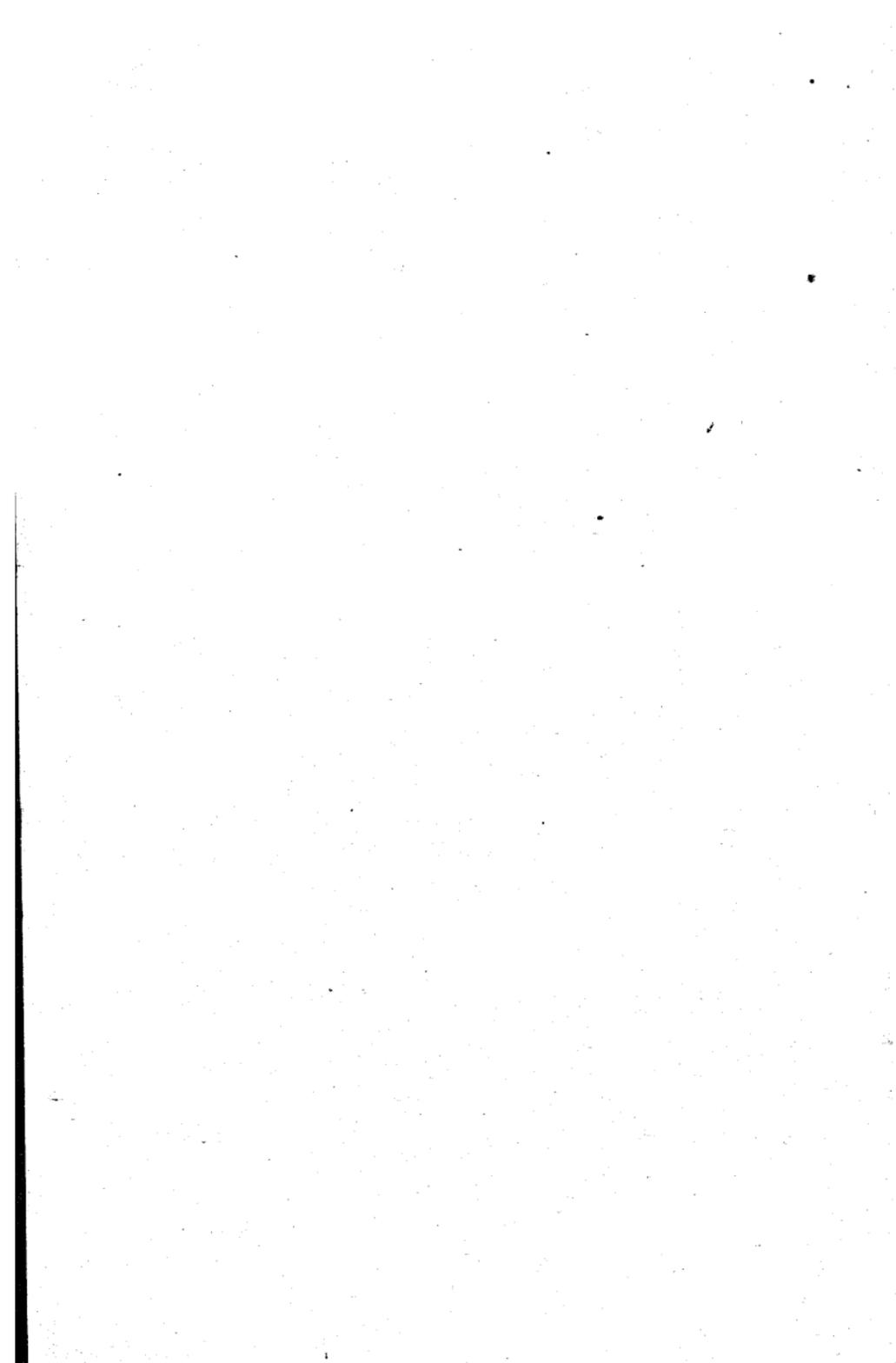
Si entonces hubiera habido luz, se hubiera visto la sonrisa infernal que contrajo el semblante del hombre que acompañaba á la dama y se hubiera visto tambien que aquel hombre era don Luis.

Un momento despues don Luis, aprovechando el estado de paroxismo, de insensatez de doña Elvira, que ella era, se habia alejado, habia atravesado el huerto, habia saltado la tapia, habia

quitado la escala y habia desaparecido llevándose su gente.

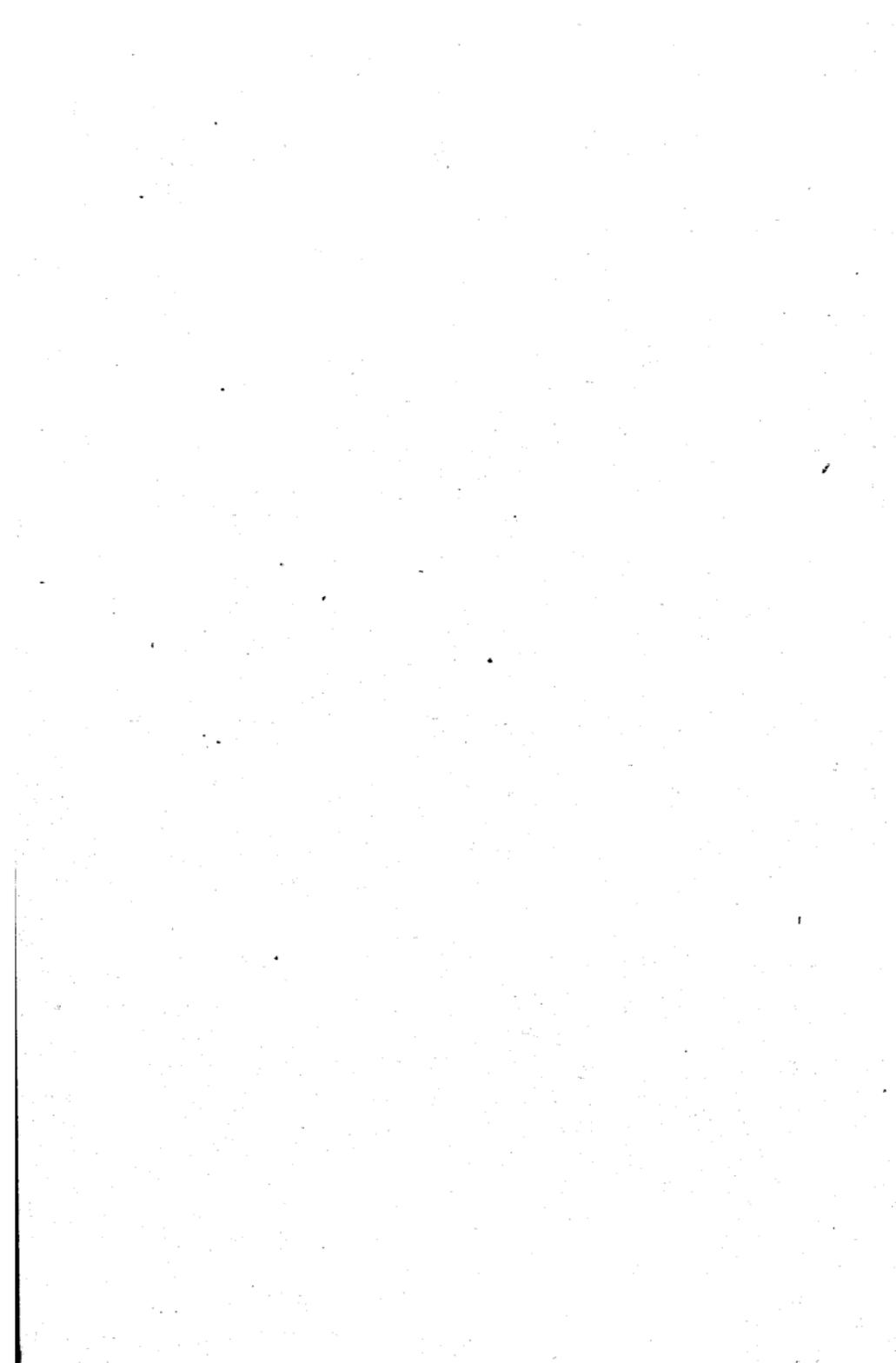
La inquisicion y la justicia ordinaria no debian tardar en llegar y no le convenia esperarlas,

Solo habia quedado la silla de manos abandonada junto á la capilla de los muertos con dos criados de doña Elvira.



## CAPITULO XIII

QUE DA FIN Y REMATE Á ESTA LAMENTABLE HISTORIA.



I

Maravilla y don Diego hablaban apasionados y aventuraban bellos proyectos para el porvenir.

—Un día llegará, decía don Diego, en que me sea posible probar tu inocencia, y entonces, ado-

rada mia, serás mi esposa y el ornamento y la felicidad de mi casa.

— ¡No! gritó doña Elvira precipitándose en la cámara, pálida y descompuesta: ¡tú no tienes mas esposa que yo, traidor.

Y separó violentamente á Maravilla y á don Diego que estaban asidos de las manos.

— ¿Qué mujer es esta? exclamó con fiereza Maravilla, en quien se sublevó la terrible sangre de su doble raza.

— Yo soy... exclamó, doña Elvira...

Y calló, y vaciló, y tembló, y cayó de rodillas.

Don Diego furioso, ciego, irritado por aquella sorpresa inesperada habia tirado de su daga y se habia ido terrible sobre doña Elvira.

— ¡Mátame! dijo doña Elvira: desgárrame el corazon con tu daga, como me lo has desgarrado con tu alevosía.

¡No! gritó Maravilla, que estaba pálida como

un cadáver deteniendo el brazo de don Diego en el momento en que iba á herir.

— ¡ Ah ! ¡ la gitana ! ¡ la maldita gitana ! exclamó don Diego dirigiendo sus palabras á doña Elvira.

— ¡ Yo ! ¡ gitana yo ! exclamó con una entonación terrible la jóven.

— Sí, sí... tú eres la nieta de Mastuerzo. ... ¡ tú... y esta señora... esta es mi prima, la hija de mi tío y de la desdichada Zobeyka : esta será mi esposa.

Y arrojando su daga y asiendo la hermosa cabeza de Maravilla mostró á doña Elvira el pequeño lunar rojo que la jóven tenia en su hermosa garganta, casi debajo de la oreja izquierda.

— Mira, mira, exclamó don Diego, el lunar de que hablaba el escrito de mi padre : el lunar que no encontró en tí la infeliz Zobeyka, por lo cual creyendo muerta á su hija se volvió loca y murió.

— ¡ Dios mio ! exclamó Maravilla: ¡ madre mia !

Y se cubrió el rostro con las manos.

— ¡ Loca ! ¡ loca ! ¡ muerta ! gritó doña Elvira de una manera inmensa, terrible.

Y luego lanzó una carcajada hueca, estridente, espantosa, y sentándose en el suelo entonó una canturía estraña.

— ¡ Loca ella tambien ! exclamó horrorizada Maravilla.

— ¡ Loca ! dijo don Diego con una voz cavernosa.

Y quedó inmóvil, como petrificado.

## II~

En aquel momento retumbaron en la casa fuertes golpes que parecian dados á la puerta.

Al mismo tiempo la campana de San Luis dobló marcando la cotidiana oracion por los muertos.

Un hombre se lanzó en la cámara.

Era uno de los monjes que servian á Maravilla.

— ¡Salvaos, salvaos. señor ! dijo, la inquisicion y la justicia os buscan: nosotros moriremos defendiéndoos, pero somos pocos contra tanta gente : ¡ salvaos que echan la puerta abajo !

— ¡ La inquisicion ! ¡ la justicia ! exclamó don Diego : ¡ infame !

Y se lanzó sobre doña Elvira, que continuaba su canturia.

— ¡ No ! dijo Maravilla lanzándose á él y abrazándole.

— ¡ Salvaos ! repitió el monfi : han roto la puerta y entran.

— ¡ Ah ! ¡ pues son pocos, son pocos todos los alguaciles de la inquisicion y del rey, gritó don Diego.

Y arrojándose sobre su espada, que estaba en un rincon, la desnudó y esperó terrible á que entrase en la cámara la gente que se acercaba.

### III

No tardaron en penetrar cuatro alguaciles, pero apenas hubieron entrado, cuando uno de ellos cayó muerto de una estocada, vaciló otro y cayó

al fin con la cabeza hendida y los otros dos huyeron.

Don Diego asió á Maravilla con el brazo izquierdo por la cintura y dijo al monfi.

— Adelanta y ábreme paso matando.

El otro monfi combatia fuera.

Su mujer, que era bravia, le ayudaba.

Tres alguaciles habian venido al suelo.

Quedaban todavía diez ó doce.

Don Diego rompió por medio hiriendo y atropellando y llevando consigo á Maravilla.

Era un leon furioso.

Logró hacerse paso, y llegó á la puerta de la calle.

Entonces sonaron algunos disparos de arcabuz.

Habian acudido al estruendo algunos soldados de la Fé que acompañaban á la inquisicion.

Por medio de ellos habia roto don Diego.

— ¡Corre! dijo este á Maravilla, sal por la inmediata puerta de Faxalauza y gana los montes, yo te sigo, no podemos escapar llevándote yo.

Maravilla corrió.

Don Diego corrió tambien.

Pero al llegar este al depósito de los muertos se detuvo, vaciló un momento y cayó.

Le habia alcanzado una bala de arcabuz en el corazon.

Maravilla aterrada seguia corriendo.

Los soldados y los alguaciles la perseguian gritando.

— ¡Atajad, atajad á la hechicera, á la maldita, es necesario quemarla viva!

Y porque era necesario quemarla viva no hacian fuego sobre ella.

## IV

Aquellas voces transian de horror á Maravilla.

Los que la perseguian iban ya cerca y ahullaban como lobos rabiosos.

La infeliz logró ganar la puerta de Faxalauza y entrar en la plazuela de los Beni-Zeytun.

Se acercaba al aljibe, en cuyo borde estaba sentada algunos meses antes cuando pasó don Diego sin sentido sobre su caballo desbocado.

Una idea desesperada pasó por la cabeza escandecida de la infeliz.

Buscar su defensa en la muerte contra un martirio horrible; sus perseguidores estaban ya próximos á cojerla.

Ya rugian de contento.

De improviso Maravilla, á punto que iban á asirla, dió un salto, llegó al aljibe y montó el borde.

Oyóse seguidamente ese ruido especial que produce un cuerpo voluminoso cuando cae al agua, y una voz desesperada que exclamó :

— ¡ Madre mia de las Angustias, amparadme!

Luego nada

— No era hechicera, dijo un alguacil abalanzándose al brocal del aljibe : ¡ ha llamado á la Santísima Virgen de las Angustias ! veamos si podemos salvarla.

Pero ninguno se atrevia á entrar en el oscuro aljibe.

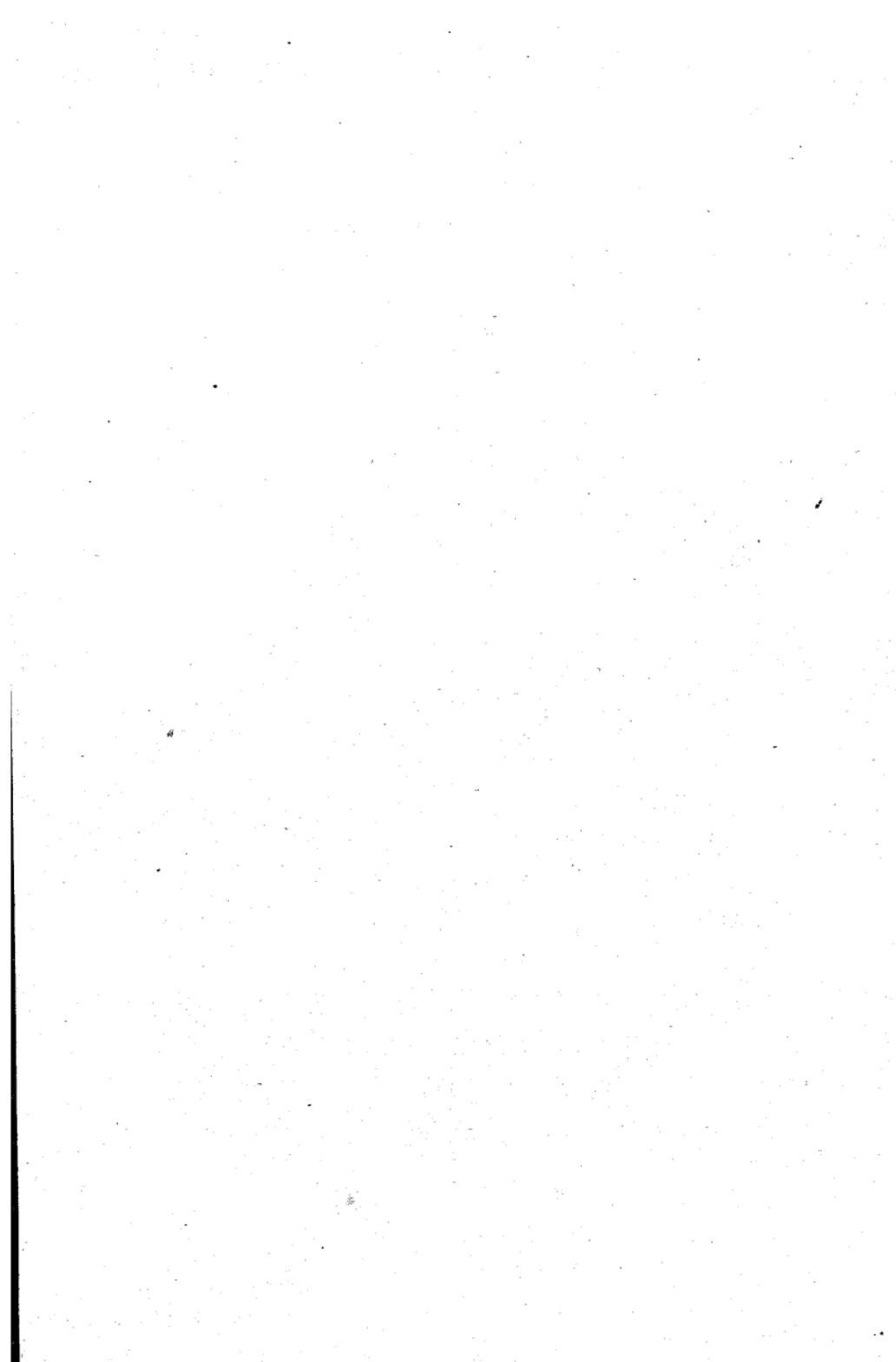
Cuando la sacaron estaba muerta.

La justicia levantó un acta del hecho ; en aquella acta constaba que María de la Maravilla, gitana, hija de Juan el Mastuerzo, gitano, habia

perecido en el aljibe de la ermita de los Beni-Zeylun.

Pero no decia el acta que la habia perseguido la justicia, ni la llamaba hechicera.

¡Cómo! ¡ella habia invocado al morir á la Santa Madre de Dios!



## EPILOGO

Cuando supo esta horrible desgracia Sydi-Juzef-ben-Chalid-el-Gazul-el-Seiful-el'Islam se tornó pálido como un cadáver, y gritó con voz ronca, terrible:

— ¡ Venganza !

Su imaginacion de fuego habia abarcado instantáneamente á don Luis.

El día en que este habia estado en el alcocer de Jaël habia sorprendido una mirada inequívoca en los ojos de don Luis.

Habia comprendido que se habia apasionado de Maravilla, y que habia contraído una envidia de muerte contra don Diego.

Algunos dias despues de la catástrofe, don Luis apareció muerto una mañana cosido á puñaladas en la Plaza Nueva á la entrada del Zacatin.

Nadie supo quien habia sido el asesino por mas que se le buscó.

. . . . .

Todas las noches, muy tarde, cuando el arrabal de los gitanos de la puerta de Faxalauza estaba desierto, sumido en el sueño y en el silencio, un

hombre, que llegaba de la parte de la Sierra, se acercaba al aljibe, se sentaba en su borde y lloraba.

Allí permanecía algun tiempo.

Por la mañana aparecian flores silvestres sobre el borde y en los brazos de la pequeña cruz que se habia clavado con una inscripcion en la pared exterior del aljibe.

¿Quién ponía allí aquellas flores?

Nuestros lectores lo adivinan.

. . . . .  
Una noche, al acercarse Juzef al aljibe con un ramillete de flores de la montaña, tropezó con un objeto tendido delante del borde.

Era la noche entreclara.

De tiempo en tiempo se ocultaba la luna entre unos nubarrones y volvía á aparecer.

En uno de estos momentos, Juzef reconoció aquel bulto.

Era el cadáver de una mujer hermosísima, y al parecer por su traje gran dama.

— Ella sin duda... exclamó Juzef; la hija del infame y de la gitana.

Y se retiró triste y con el corazón oprimido mas que de ordinario.

.....

Por la mañana los primeros que salieron encontraron el cadáver y dieron parte á la justicia.

La justicia reconoció á doña Elvira.

Por debajo de la cruz que recordaba el trágico fin de Maravilla, se veían marcadas en el revestimiento de la pared, al parecer con la punta de una piedra, esta palabra :

¡ Perdon !

Esto demostraba que doña Elvira antes de morir habia recobrado el juicio.

.....

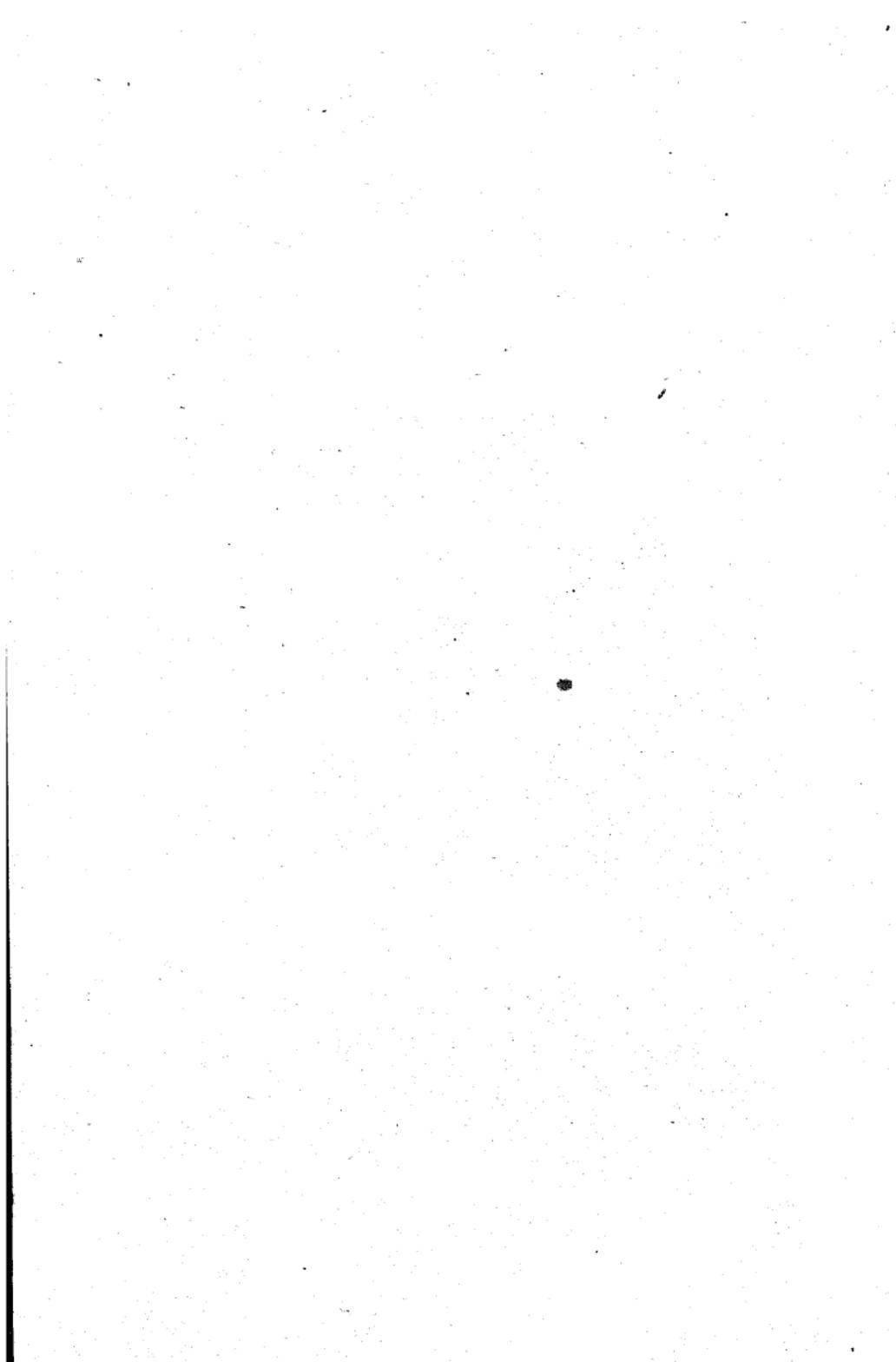
¿ Qué fue de Juzef ?

No se sabe : pero un año despues de la desgracia y al dia siguiente al de su primer aniversario, no aparecieron ya flores, ni sobre el brocal ni sobre la cruz.

Esta desapareció tambien.

Pero aun le queda á aquel lugar funesto el nombre de ALJIBE DE LA GITANA.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO.



# INDICE

## DEL TOMO SEGUNDO

---

CAPITULO PRIMERO. — El sueño de Juzef. . . . .	1
CAPITULO II. — En que continua el sueño de Juzef. . . . .	25
CAPITULO III. — De como habia cumplido su comision Varguillas y de lo que hizo Sidi-Juzef. . . . .	49
CAPITULO IV. — En que se continua relatando lo que veia en su sueño Juzef. . . . .	75
CAPITULO V. — En que termina lo que se representó como presente en su sueño á Sidi-Juzef. . . . .	91
CAPITULO VI. — En que van apareciendo las consecuencias de los sucesos anteriores. . . . .	115
CAPITULO VII. — En que don Diego habla con un fraile y concierta un duelo. . . . .	137

CAPITULO VIII. — Una revelacion imprevista. . . . .	155
CAPITULO IX. — De como el hombre no sabe nunca á donde le puede llevar una eventualidad. . . . .	181
CAPITULO X. — De como Don Diego Sarabia supo bien á costa suya, que se puede amar á dos mugeres á un tiempo. . . . .	197
CAPITULO XI. — De como de nada sirven los misterios ni las precauciones, cuando se tienen enemigos solapados. . .	227
CAPITULO XII. — De como se puede hacer caer á las gentes apasionadas en terribles ratoneras. . . . .	250
CAPITULO XIII. — Que da fin y remate á esta lamentable historia. . . . .	265
EPILOGO. . . . .	279

